

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

INFIERNO DE BAMBU

Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

Colección: Doble juego, 66
ISBN: 9788402092779
Generado con: QualityEbook v0.61

CAPÍTULO PRIMERO

MUERTE EN CANTON

LA pagoda quedaba atrás. Muy atrás.

Tsun Feng miró a sus espaldas. Los ojos viejos, cansados, brillaron trémulos, en medio de la red inextricable de arrugas del rostro apergaminado. Acaso una lágrima cuajada osciló en el borde de sus párpados cansados. Luego, rápidamente, siguió adelante por el frondoso boscaje de sorprendente altura que formaban los tallos del bambú, en la planicie. Era como un laberinto sin fin, un mundo de crujientes bastones, entre verdes y dorados, por entre los que el cuerpecillo menudo y fibroso se movía con la agilidad de quien siempre ha vivido en lugares semejantes y conoce bien la forma de filtrarse entre las cimbreantes cañas de las gramíneas. Pero a pesar de eso, su nerviosismo, su inquietud en esta ocasión, era mucho mayor de lo que habitualmente había visto nadie en el viejo Tsun Feng. De su mano pendía un hatillo miserable; una envoltura de burda tela descolorida. La otra mano movía las altas cañas a su paso, apartándolas con la mayor fuerza posible que su menudo cuerpecillo pudiera obtener. Aun así, no podía evitar que, al volver a su posición primitiva, le azotasen, a veces despiadadamente, haciéndole sentir un dolor flagelante, que soportaba estoico, con sorprendente vitalidad para sus años y su físico.

Dijérase que el viejo Tsun Feng no sintiera el dolor.

Y tal vez era así. Sus harapos tenían un color amarillo, que recordaba el de los monjes budistas. Pero sucio, desgarrado, desvaído. Alguna vez debió ser un hábito de monje. Lo fue, sin duda alguna.

Ahora, apenas si eran unos trapos que cubrían sus huesos, sus

músculos cansados, sus tendones tensos, su cuerpo flaco, frágil; quebradizo como aquellos mismos juncos que apartaba con vigor inusitado, para ir lejos, para huir de algo que sólo él parecía sentir a sus espaldas, acosándole desde lo invisible.

El hatillo se le desprendió de entre los dedos sarmentosos, cuando se enganchó el tejido burdo en uno de los bambúes. Rodó por entre las gramíneas, y el pequeño anciano jadeó, agachándose para buscar lo perdido. Tanteó, casi desesperadamente, por entre los cañaverales altísimos y frondosos, como si la vida misma le fuera en ello; como si aquel miserable envoltorio de viejas telas encerrase en su interior un tesoro de valor incalculable.

Logró alcanzarlo, a costa de sufrir los arañazos de algunos de los tallos del bambú, y no pareció importarle demasiado la sangre que goteó de los rasguños en sus brazos, manos y rostro, estremecidos ahora de incertidumbre y de angustia.

Se puso en pie, medio agazapado, estrujó contra sí aquel hato, y siguió su carrera, aparentemente sin sentido, mientras a su espalda nada ni nadie era visible en la amplia llanura de bambúes, que se extendía varias millas en torno a la colina y a la pagoda.

Aún estaba muy lejos de él la carretera que conducía a la ciudad de Cantón, pero aun así, el anciano Tsun Feng apresuraba más y más su paso, como si su débil cuerpecillo pudiera salvar tanta distancia con la sola ayuda de sus cansadas piernas, en lucha además contra las dificultades de tan duro sendero como eligiera para su fuga.

Pudo haber tomado la senda que serpenteaba, algo más arriba, entre los interminables cañaverales. Pero la forma en que la eludía, era la mejor prueba de que no deseaba caminar por terreno abierto, donde fuera fácilmente visible.

Por el contrario, la ruta elegida era la más idónea para no ser advertido, ya que las altas cañas superaban en mucho su pobre estatura.

Sin embargo, súbitamente, el viejo fugitivo se paró en seco. Aguzó el oído, con un repentino estremecimiento.

El silencio más absoluto reinaba en el cañaveral, con excepción de los crujidos que las gramíneas producían al ser movidas levemente por la brisa, cálida y húmeda, procedente de los pantanosos arrozales del sur.

Pero Tsun Feng sabía que no sólo eso era lo que su fino oído había captado. Estaba habituado a leer en el viento, a escuchar silencios, a percibir cosas que muchas otras personas no percibían jamás. En su juventud, había sido un hombre de extremada sensibilidad en todos los sentidos. Era algo que obtuvo tras largos y duros años de aprendizaje en experiencias que muchos orientales ignoraban y que los occidentales desconocían casi por completo.

Ahora, aun anciano, podía distinguir fácilmente unos sonidos de otros. No, no todo había sido movimiento de hojarasca en la brisa. No todo fue eso. Hubo algo más. Hubo roces provocados por alguien. Por un ser viviente que se movía, igual que él, por entre los cañaverales.

Estaba seguro de ello. Y eso no significaba nada bueno para él. Absolutamente nada bueno. Era, por el contrario, lo peor que podía ocurrir. Una amenaza de muerte cierta, próxima, inexorable.

Siguió adelante, pese a todo. Ahora, todavía con más apremio, con más terror. Pero no llegó muy lejos en esta ocasión.

De súbito, los bambúes se abrieron ante él. Emergió un rostro, una faz siniestra, estremecedora, pero que no hizo gritar de pánico a Tsen Feng, y sí de ira y disgusto.

Era una carátula china, una habitual máscara de las que los orientales usaban en sus representaciones teatrales o en la representación de sus dioses. Ojos grandes, circulares y saltones, boca enorme, de grandes dientes, facciones diabólicas, de monstruo de la mitología china.

Emergió de entre el cañaveral, moviéndose elástica, ágilmente, hacia el anciano. Este retrocedió, sin quitar sus almendrados ojillos del enmascarado personaje. Este describió un salto entre los bambúes cimbreantes, y Tsen cayó de espaldas, rodando nuevamente por el suelo su hatillo, al escapar de entre sus dedos.

Emitió un gemido, cuando un segundo personaje, idéntico al primero, esto es, con torso desnudo, pantalón ceñido, descalzo, y con otra horrible carátula de teatro chino o de monstruosa deidad asiática emergió ante él. —¡Malditos demonios asesinos! —gritó con voz aguda Tsun Feng, tratando de incorporarse desesperadamente —. ¡No lograréis vuestros propósitos! ¡Yo lo impediré!

Sonó una hueca carcajada detrás de una de las máscaras horribles. La otra replicó, como un eco, con otra risotada sonora,

que la carátula en relieve hacía retumbar extrañamente.

Y, por si eso fuera poco, otra tercera máscara viviente emergió en el cañaveral, con una nueva risa estridente y cruel, que formó una rara cacofonía con las de sus iguales.

Cada carátula ofrecía distinta tonalidad; de vivo color rojo una, azul la otra y verde la tercera. Pero sus facciones eran igualmente feas y monstruosas, como era habitual en esa clase de ídolos. Sólo que sus cuerpos eran perfectamente humanos, musculosos y fuertes, de una agilidad felina. —¡Matadlo! —ordenó con voz profunda el tercer aparecido, el de la máscara verde. Y señaló con mano rígida al infortunado anciano. Repitió, maligno—: ¡Matadlo! ¡Ya!

Los otros dos avanzaron resueltamente hacia Tsun Feng, con sus brazos adelantados, sus manos en forma de sable o puñal, rígida y extendida. La forma que los chinos llamaban Táo-Shou.

Eran, evidentemente, luchadores. Expertos en Artes Marciales, al parecer en Kung-Fu, que había sido la forma de lucha del pueblo chino, y que éste trasladó al Japón, cuando influyó en su historia como país dominador, convirtiéndose en Karate. ¿Qué podía hacer un pobre viejo, abatido y sin defensa posible, frente a semejante especie de agresores? Sólo morir sin remedio...

Sin embargo, las cosas no resultaron tan fáciles, quizá para sorpresa, en primer lugar, de los propios enmascarados diabólicos. Porque el anciano tendido en tierra, hundió sus dedos en sus astrosas ropas que un día tuvieran el amarillo de los monjes budistas, y extrajo algo que lanzó vertiginosamente sobre el adversario que ahora saltaba para descargarle un golpe mortal con el pie, en plena garganta.

El objeto de acero que voló de los viejos dedos nudosos era punzante y afilado, en forma de estrella, con un orificio cuadrangular en su centro. Aquella pieza zumbó en el aire, vertiginosamente, cortándolo con sonido sibilante, y fue a incrustarse con un chasquido seco en pleno cuello del agresor.

Este aulló desgarradoramente, cuando las agudas puntas de la estrella de acero taladraron su nuez, alcanzándole profundamente la tráquea, entre un torrente de sangre.

El shuriken o arma arrojadiza de acero que se utilizara desde tiempo inmemorial en las Artes Marciales chinas y japonesas, había cumplido su objetivo. Aquel hombre estaba herido de muerte.

Cayó de rodillas, junto al anciano, y se arrancó, con manos sangrantes y crispadas, la siniestra máscara mitológica, quizá buscando algo más de aire respirable en su agonía.

Luego, cayó de bruces, con unas sacudidas espasmódicas. El anciano, aprovechando ese momento de indecisión en los otros dos luchadores, se incorporó, con su hatillo, intentando la evasión.

No pudo hacer más. Otro de los personajes enmascarados, se precipitó súbitamente sobre él, emitiendo un alarido cortante. De su garganta, de todo su ser, brotó aquel grito ronco y vibrante, que daba a sus músculos un impulso devastador cuando hendía el aire, sus piernas por delante. —¡KIAI...!

Y, cosa extraña e inexplicable en un budoka: aquel hombre golpeó para matar. Golpeó a un anciano fatigado e indefenso, con uno de sus pies, brutalmente, en plena frente, entre su frontal y su nariz. En el punto vital del cuerpo humano, que los karatekas llamaban Uto. El impacto de aquel talón desnudo en el entrecejo del anciano, hubiera podido matar a un coloso joven y lleno de poder físico. Cuanto más, a la menuda figura de aquel pobre viejo fugitivo.

Con un gemido ronco, el infortunado se dobló, los ojos en blanco. Cayó pesadamente a los pies de su agresor, muerto en el acto. Allí había terminado definitivamente su evasión de un peligro mortal.

Los dos enmascarados se miraron, jadeante aún el asesino. Su técnica había sido irreprochable, sus movimientos perfectos. No había duda. Era un budoka.

Pero los budokas nunca atacan. Sus principios se lo impiden. Ellos sólo se defienden cuando no existe ya otro remedio para proteger su propia vida o la de alguien en inferioridad manifiesta. A ser posible, jamás con golpes mortales.

En este caso, aquellos tres budokas de horribles máscaras chinas, habían sido perfectos y fríos asesinos de un pobre anciano. Uno, halló la muerte al intentar cometer su crimen.

Otro, tuvo más fortuna y remató al viejo chino. El tercero, fue pasivo y complacido espectador del crimen brutal.

—Perfecto —dijo secamente la voz, bajo la máscara de vivo colorido—. Vamos ya.

Recoge lo que llevaba ése hombre, el hatillo... Y pronto, fuera de

aquí. Yo llevaré a Hung.

En marcha cuanto antes. Ha habido por aquí recientemente una revuelta popular contra los soldados de Pekín. No sería raro que apareciesen patrullas militares en cualquier momento, y podrían pensarse que somos rebeldes contra el Gobierno de China Roja. No me gustaría terminar mis días fusilado ante un paredón, como enemigo del Pueblo, Lao.

—Tampoco a mí —el otro recogió el hatillo, mientras su compañero retiraba el cadáver de su camarada, cargándolo a su hombro.

Antes de retirarse de aquella zona de frondosos bambúes, resolvieron abrir el hatillo del viejo. Ante los ojos de los dos enmascarados, apareció un contenido singularmente inocente y sin valor alguno: sólo había entre los harapos deslucidos un puñado de cortas cañas de bambú.

Cañas de bambú similares a cualquier otras, aunque quizá con un tinte más oscuro, negruzco en sus nudos. Pero eso era todo.

Sin embargo, los enmascarados no dejaron caer en su carrera por el cañaveral tan raída y triste mercancía. Por el contrario, como si se tratara de algo sumamente valioso para ellos, lo envolvieron cuidadosamente en sus trapos, y lo llevaron consigo, al alejarse del lugar donde yacía el viejo chino asesinado.

No les faltó razón a los asesinos.

Poco más tarde, un coche patrulla militar, con el emblema del Gobierno de la China Popular, pasó por el cercano sendero, con seis hombres armados en sus asientos. Al ver planear sobre el cañaveral algunas aves de rapiña, el oficial dio una orden de mando, y tres soldados, con sus armas a punto, se adentraron en el cañaveral.

No tardaron en dar con el cuerpo del viejo, entre las altísimas cañas. Uno de ellos llamó a los demás. Se reunieron todos en torno al difunto Tsun Feng, hablando entre sí animadamente. Por fin, lo cargaron en su vehículo, partiendo con rapidez hacia la cercana ciudad de Cantón, capital de aquella provincia.

CAPÍTULO II

MARIONETAS DEL DESTINO

MIENTRAS esos acontecimientos tenían lugar en un apartado rincón de la provincia de Cantón, al sur de la República Popular China, un avión salía de San Francisco de California, rumbo a Hong Kong, llevando a bordo, entre otros pasajeros, a tres personajes singulares.

Esos personajes eran un norteamericano de cabello rubio, un joven chino y una mulata de piel color canela suave, rizoso cabello estilo afro, y una figura elástica y armoniosa como la de una pantera negra.

Eran los Tres Dragones de Oro.

Así se les conocía, no sólo en California, sino en todos los Estados Unidos y también en gran parte del mundo. Tres defensores de la justicia y de la dignidad humana; tres protectores de personas débiles o acosadas por el peligro. Tres jóvenes y nuevos paladines, al servicio del Bien y de la confraternidad entre los hombres. Tres enemigos del crimen, del delito; de la violencia y del odio.

Sus armas eran simples: sus propios cuerpos, sus miembros y su cerebro. Eso era todo lo que necesitaban para luchar. Y hasta ahora, jamás habían sido vencidos, aunque la muerte aleteó en torno de ellos con frecuencia.

No necesitaban un revólver, un rifle o un arma blanca para defenderse o para atacar, cuando esto último era inevitable. Les bastaban sus manos, sus brazos, sus pies y piernas, entrenados bajo el control de una mente fría, lúcida, educada en principios de caballerosidad, alteza de miras, espíritu noble, respeto a la vida ajena y rechazo de lo violento y lo cruel. Caballeros de las Artes

Marciales, éstas sólo podían ser utilizadas cuando se les atacaba o cuando alguien era atacado por enemigos más poderosos. Habían hecho de eso su credo y su misión en la vida, desde que el destino uniera sus vidas en una sorprendente y trepidante sucesión de acontecimientos que les llevaron a obtener, a través de unos dragones de oro, la fortuna de que ahora disponían para su desinteresada misión (1). (1) Véase el primer título de este autor, dentro de la colección ¡Kiai!, Tres Dragones de Oro, número nueve de la serie.

Desde entonces, adoptaron el nombre del elemento que les uniera, figura mitológica que, a la vez, significaba espíritu y grandeza de unos pueblos que hicieron de esas formas de lucha mortífera un camino de perfección física y psíquica, una educación mental y espiritual, y un rito exento de violencia y de rencor: el Dragón fue ese símbolo, y ellos fueron, así, los Tres Dragones de Oro. Tres emblemas así aparecían en sus camisas, en sus prendas de vestir o en la solapa de sus chaquetas, como un recuerdo de gratitud a todo lo que les unió.

Ahora, estaban en un simple viaje de placer, invitados a pasar unos días de simple recreo y relajamiento en Hong Kong, por expreso deseo de un antiguo conocido de Frank Cole. Frank Cole, el joven alto, atlético, rubio y atractivo, forjador auténtico del trío de luchadores. Frank Cole, que había sido actor de cine, interpretando películas de lucha oriental, hasta que encontró su camino en la vida. Relacionado con el cine, estaba precisamente el hombre que les había invitado a su suntuosa finca de Hong Kong. Era un ex productor de cine de aventuras con el que Frank rodara dos de sus películas, tiempo atrás.

Ahora, ese hombre rico y prestigioso, Alexander Jr. Goldman, iba a ser su anfitrión durante una o dos semanas, en el exótico y bello Hong Kong. Tras una serie de dramáticas peripecias, como los Dragones de Oro habían vivido últimamente, ese período de vacaciones sin problemas, iba a ser un buen premio y un paréntesis de descanso y ocio, de los que se sentían muy necesitados.

Ni Cole ni sus dos camaradas, Kwan Shang y Lena Tiger, habían puesto el menor reparo a aceptar la oferta del muy poderoso caballero Goldman, y ahora volaban sobre el Pacífico, seguros de pasar unos días felices en la antigua colonia británica.

Los Tres Dragones de Oro ignoraban que, una vez más, el destino estaba disponiendo una de sus jugarretas, y ellos no eran sino marionetas en sus manos. Los hilos, movidos por ese destino caprichoso, les conducirían a algo que distaba mucho de ser ocio, asueto y descanso.

Pero eso, ellos, aún no podían saberlo.

Como no podían saber que una muchacha, en Macao, no lejos de Hong Kong, y tampoco lejos del territorio de la República Popular China, estaba metida en graves apuros con dos fuerzas diferentes, e igualmente peligrosas para ella: por un lado, el Servicio de Inteligencia del Gobierno de Pekín. Por el otro… unos asesinos budokas que no dudaban en usar las Artes Marciales como arma criminal.

Y que llevaban máscaras grotescas, de mitológicos seres de la antigua China…

***

Esa muchacha se llamaba Lo Feng.

Era hija de un antiguo monje budista de cuya suerte nada sabía. Un anciano que abandonara un día el templo donde oficiaba de religioso, para volver al mundo y unirse a su hija amada. Pero posteriores acontecimientos en China, habían impedido que ambos siguieran unidos mucho tiempo, y ahora la joven Lo ignoraba por completo el paradero y la suerte de su amado padre.

Ella, sin saberlo, era otra de las marionetas del destino.

Como lo era el oficial de Seguridad Interior de la República Popular China, capitán Yang Li, pese a creerse tan seguro, tan dueño de sí y tan difícil de manejar como podía serlo una apisonadora por un niño de dos años.

El capitán Yang Li, encargado de la Inteligencia china en la zona de Cantón, acababa de salir del depósito de cadáveres de la ciudad de Cantón, donde contemplara el cuerpo de un anciano y frágil chino con ropas viejas en las que aún se adivinaba el color original del tejido, el amarillo de los monjes budistas.

Iba preocupado por los resultados de la identificación del hombre que hallaran sin vida unos soldados de patrulla por la provincia de Cantón, cerca de una abandonada pagoda, de la que sus monjes habían huido recientemente, alarmados por la situación política de la región.

Ahora sabía que el muerto era Tsun Feng, un ex monje budista vuelto a la vida normal, padre de una muchacha y viudo desde hacía años. Sabía también que Tsun Feng llevaba algún tiempo reclamado por las autoridades militares chinas, como sospechoso de haber intervenido en favor de los rebeldes de ciertas zonas de China, enfrentados a la autoridad del Gobierno de Mao. Lo cierto es que no existían pruebas concretas de tales actividades, y que más bien eran todo simples sospechas, ya, que existía otro ex monje; de edad parecida a la del viejo Feng, que podía ser el que se mezclara en problemas políticos bastante graves y violentos. Pero le hubiera interesado encontrar con vida a aquel anciano, para salir de dudas, interrogándole.

El capitán Yang Li no era hombre que se dejara llevar por impulsos o por sospechas. Le gustaba analizar fríamente cada cuestión, para evitar cometer injusticias lamentables. Era un hombre tan íntegro como duro y despiadado cuando tenía que serlo con un enemigo de lo que él defendía por obligación y por convicción.

—Ahora, tendría que encontrar a su hija —murmuró, encaminándose a sus oficinas del Servicio de Inteligencia, Seguridad Interior, con un aire pensativo en su hermético rostro aceitunado, de estrechos, oscuros y fríos ojos penetrantes—. Se dijo que había una mujer joven y hermosa, mezclada en la sublevación de la provincia del Sur... Una mujer que podía ser Lo Feng, la hija de ese anciano... Ella podría aclararme la verdad de lo sucedido.

Y si su padre y ella eran inocentes, me sería posible buscar por otro lado a los que colaboraron con los rebeldes en el sangriento levantamiento de marzo.

Sacudió la cabeza, disgustado. Era problemático dar ahora con Lo Feng Ni siquiera sabía si la muchacha se encontraba en territorio chino o no. Pero los recursos del capitán Yang Li eran amplios y eficaces.

Un momento más tarde, una serie de agentes chinos del Servicio Secreto, en China y fuera de ella, eran avisados por su jefe, para proceder a la búsqueda de Lo Feng, la hermosa muchacha desaparecida, sospechosa de actividades contrarrevolucionarias contra el pueblo chino.

Uno de esos agentes, fue el joven Kiang Ho, de Macao. Otro

personaje elegido por el destino, para participar en el drama que se avecinaba.

Kiang Ho, como todos los demás, buscó a la mujer en la que se interesaban los Servicios Secretos de la República Popular China. Era su misión en el extranjero, a fin de cuentas. Bajo la identidad de un ciudadano vulgar, sin conexión con la China continental, Kiang Ho era un eficiente miembro de los servicios de Inteligencia chinos.

Y esta vez también lo demostró.

El fue quien encontró a Lo Feng.

Pero antes que él, la encontraron unos luchadores asesinos, con máscaras de vivo color y facciones mitológicas.

***

Lo Feng supo que significaban un peligro.

Un peligro cierto. Quizá la muerte.

Lo supo apenas les vio aparecer ante ella. Pero su bello rostro de porcelana, bajo los cabellos lacados, no mostró emoción especial alguna. Sus ojos almendrados y profundos siguieron revelando una placidez casi melancólica. Sus labios bien dibujados, como en una antigua pintura de su país, continuaron mostrando la sombra de una sonrisa risueña.

Los enmascarados avanzaron hacia ella. Como figuras de un ballet oriental desprovisto de música. Cierto que unos enmascarados no podían llamar demasiado la atención aquella noche de fiesta en Macao, durante la celebración de una festividad china. Había otras máscaras por las calles de la ciudad fronteriza. Pero en éstas había algo distinto, diabólico. Algo que les daba un cariz siniestro y aterrador.

Lo Feng acababa de abandonar un pequeño y discreto restaurante donde consumiera su frugal cena. Era persona de fácil conformar. El hambre y el modo de controlarlo, habían formado parte de su vida, desde la niñez hasta su ahora esplendorosa juventud.

Entonces descubrió a las extrañas máscaras. Y aunque eran simplemente otras máscaras más entre tantas otras como invadían las zonas céntricas de la ciudad, salpicadas de luces de farolillos de papel, dragones y pirotecnia ruidosa, tuvo el inmediato presentimiento de que ellas no formaban parte de la decoración general.

Aquellas máscaras eran diferentes.

Siniestramente diferentes. Quizá mortalmente diferentes.

Lo Feng se pego al muro del edificio inmediato al restaurante chino que quedaba a sus espaldas, con sus vidrieras discretas y sus farolillos pintorescos en la entrada. Más allá pasaba un grupo ruidoso de muchachas orientales y jóvenes occidentales, cantando y riendo. Pudo haberles gritado, pidiéndoles un auxilio que presentía. Pero estuvo segura de que no hubiese logrado nada. Ellos hubieran seguido adelante, riendo y enviándole saludos joviales por toda respuesta.

Lo Feng no había visto por las calles máscaras semejantes. Eran carátulas de la mitología china. En diversos colores. Rojo, azul, verde, amarillo... Ojos abultados y redondos la miraban fija, malévolamente. Casi podía ver tras ellos y sus orificios en el cartón, el destello frío de los auténticos ojos humanos que las máscaras encubrían en ese momento.

La calle era empinada, sinuosa, de suelo empedrado. Muchas lo eran así en la parte comercial de Macao, junto a las dos o tres calles principales, donde brillaban los luminosos y los escaparates de los establecimientos más importantes de la ciudad, en los que los productos, libres de impuestos, eran como una tentación para el turista y el viajero. —¿Qué buscan? ¿Qué quieren? —preguntó Lo Feng, reuniendo todos sus ánimos.

No hubo respuesta. Tampoco la esperaba. El cerco de los enmascarados se reducía. El semicírculo se estrechaba, acorralándola contra el muro. En alguna parte, sonaba una musiquilla oriental, monocorde y perezosa.

Lo Feng intentó escabullirse. Lo intentó con todas sus fuerzas. Pero no pudo.

Los enmascarados imaginaron su reacción. Cerraron filas sobre ella, y uno adelantó sus manos, con un repentino grito ronco, en un implacable golpe de puño Ch'uan o puño de carnero, dirigido a la sien izquierda de la muchacha.

De haberla alcanzado, hubiese sido un impacto mor— tal, puesto que iba dirigido a su kasumi o sien, uno de los puntos de atemi (vitales), mortal de necesidad.

Pero Lo Feng demostró que no era solamente una muchacha hermosa y esbelta, atractiva para cualquier hombre, sino que era

también una ágil criatura, experta en eludir ataques de expertos en las Artes Marciales.

Fintó el golpe, y al mismo tiempo paró con un antebrazo el impacto que le dirigía otro enmascarado con su pierna, en un golpe de talón contra la garganta. Al mismo tiempo, y sorprendentemente, pasó la menuda' muchacha al contraataque.

Esto pilló totalmente desprevenidos a sus despiadados agresores. Las manos y pies de la muchacha actuaron con una velocidad vertiginosa, con una insospechada rapidez y precisión que causó estragos en sus adversarios.

Lo Feng efectuó un perfecto movimiento de Chuka-Shiki, disparando simultáneamente su pierna derecha y su puño izquierdo, mientras su brazo derecho subía para detener otro ataque, y su pierna zurda sostenía prodigiosamente el equilibrio.

Dos enmascarados saltaron hacia atrás, como disparados por una ballesta cuyos muelles hubieran sido súbitamente disparados a toda potencia. Habían recibido, respectivamente, un formidable impacto de talón en la nuez de Adán, y un seco mazazo del puño femenino, con sus dedos en forma de Yin ch'uan o puño de cabeza de Dragón, en la base de la nariz, sobre el labio superior, punto vital conocido entre los luchadores como Jinsu. Tan rudo fue este último golpe, que arrugó la dura cartulina de la máscara, hasta llegar a su punto de destino, y ambos impactos eran necesariamente mortales. Los dos agresores de rostro tapado cayeron en seco, como fulminados.

Al tocar el suelo, estaban muertos.

Este hecho desconcertó a los atacantes, que durante cosa de dos o tres segundos no supieron qué hacer. A la joven oriental le sobró tiempo para hacer lo que ya tenía pensado.

Mucho más rápida de reflejos y de intuición que sus peligrosos enemigos, Lo Feng escurrióse entre los demás componentes del círculo amenazador, escapando calle abajo a una velocidad de vértigo que parecía imposible pudieran desarrollar sus esbeltas piernas de mujer. —¡A ella! —gritó uno de los atacantes, expresándose en chino, que la joven entendía a la perfección—. ¡Capturadla o matadla! ¡No debe escapar!

Pero no iba a ser tarea fácil darle alcance. La muchacha oriental corría como una gacela, saltando ágilmente sobre el empedrado, ahora con los supervivientes de espantables máscaras en pos de ella

con rabia exasperada. El golpeteo de sus pies en las piedras era sordo y ominoso a sus espaldas. Pero la joven no volvió una sola vez la cabeza atrás. Corría vertiginosamente, con todas sus energías, concentrada en su esfuerzo rabioso por salir con vida de aquel trance en que sabía lo que estaba en juego.

Y lo que estaba en juego era ella misma. Su vida. O su muerte.

Lo Feng puso en aquel esfuerzo toda su voluntad. Acababa de demostrar al grupo de asesinos que la atacaran, emboscados entre la multitud de la noche festiva de Macao, que no era nada fácil vencerla ni abatirla. Ellos sabían el precio de su primer embate con la joven y aparentemente inofensiva oriental. Dos hombres yacían sin vida sobre los tortuosos dédalos callejeros de la ciudad fronteriza. Los demás iban en pos de ella, con afán de venganza y con un solo objetivo primordial respecto a su perseguida.

La muerte.

Pero Lo Feng parecía dispuesta a evitar eso a toda costa. Pronto su figurilla escurridiza y ágil se perdió en los callejones sinuosos, pese al afán de sus perseguidores. Poco más tarde, los enmascarados se veían rodeado de otras máscaras y disfraces de la noche festiva, pero sin rastro alguno visible de la joven china. —¡Maldita sea...! —jadeó uno de los enmascarados con tono rabioso—. ¡Escapó...!

Los otros le miraron. Se arrancaron las caretas de cartón multicolor de sus rostros.

Facciones inescrutables, de rasgos orientales, se enfrentaron a la noche salpicada de voces, risas, gritos y música.

Pero nadie supo decir nada. Nadie aventuró una posibilidad para dar con la fugitiva.

Repentinamente, de modo inexplicable, todos ellos parecieron simples marionetas, hombres sumidos en una brusca depresión, en un trance somnoliento y carente de impulsos.

Incluso el que parecía su jefe, el hombre de la máscara color verde intenso, casi rabioso, con ribetes rojos y amarillos, dejó de refunfuñar, para limitarse a un sordo gruñido de indiferencia.

Y, como sus restantes compañeros, emprendió una marcha lenta y perezosa, mezclándose entre los demás componentes de alegres grupos de juerguistas nocturnos.

Sin recordar siquiera, al parecer, a sus compañeros muertos. Sin acordarse ya en absoluto de la mujer joven y desvalida a quien sólo

unos minutos antes pretendían asesinar de forma brutal e inexorable.

CAPÍTULO III

EL FABULOSO

AQUELLA misma noche, un automóvil de alquiler partió de Macao, procurando pasar inadvertido, en dirección a Hong Kong, la cercana ciudad internacional. Había controles y barreras aduaneras y policiales que salvar, antes de que cualquier vehículo llegase a Hong Kong.

Pero aquel coche eludió todos los controles, con la habilidad que siempre mostraban en tales maniobras los conductores habituados a desafiar el peligro por un puñado de dólares americanos o libras esterlinas.

Lo cierto es que nadie detuvo aquel automóvil, y su solitario viajero llegó sin dificultades a Hong Kong, en busca de una libertad cada vez más difícil. Acaso en busca de salvar su vida de un peligro cierto, que le acechaba en Macao.

Esa persona era Lo Feng, la joven hija del antiguo sacerdote budista Tsun Feng.

Pero no llegó a Hong Kong tan libre de problemas como ella pudiera imaginar a primera vista. Alguien había logrado seguir su rastro, pese a todas sus precauciones para evitar tal posibilidad.

Ese alguien era Kiang Ho, un joven agente chino en Macao, cuya aparente ocupación era elaborar y vender falsos artículos de antigüedades para los turistas incautos.

Aquella noche, él había visto los dos cadáveres enmascara dos que la policía descubriera en un callejón de Macao, Más tarde, conoció el informe forense sobre las causas de su muerte:

—Golpes mortales, respectivamente en su nuez de Adán y en la base de su nariz, puntos vitales ambos para cualquier budoka

experimentado. Sobre el empedrado, han quedado olvidados unos zapatos chinos de mujer. Talla tres (1). (1) La talla tres, en medidas de calzado anglosajonas, equivale a la talla 36 del calzado español. (N. del E.) Era lo que necesitaba Kiang Ho. Informó por radio a su jefe en el continente chino, capitán Yang Li. Luego, recibió instrucciones concretas. Y partió hacia Hong Kong, apenas le informó una empresa de coches de alquiler del arrendamiento de un chófer especializado y de uno de sus vehículos, por parte de una joven china vestida de occidental, y de rara y singular belleza. Kiang Ho no necesitó más para saber que Lo Feng, la mujer a quien estaba buscando, había abandonado Macao para dirigirse a Hong Kong.

Los últimos informes del Servicio de Seguridad Interior de la República Popular China, transmitidos por el capitán Yang Li, eran muy concretos en ese punto:

«Lo Feng, hija del ex monje budista Tsun Feng, aprendió, como su padre, Artes Marciales. Domina a la perfección las técnicas del Kung-Fu. Es peligrosa, incluso acorralada por fuerzas superiores. Cuidado con ella.»

Acababa de demostrarlo en Macao. Mató allí a dos hombres.

Lo más extraño de todo es que las últimas noticias sobre la identificación de aquellos dos hombres, incluso logró dejar perplejo a un agente como Kiang Ho.

Según el referido informe policial de las autoridades de Macao, las dos víctimas de los golpes mortales de la muchacha china eran Tzu Pai y Chiang Yoi.

Tzu Pai y Chiang Yoi eran dos conocidos budokas de Macao, dos caballerosos luchadores de Artes Marciales, de irreprochable historial.

Y los budokas nunca atacaban a nadie. Menos aún a una mujer indefensa.

En cambio, el agente chino Kiang Ho sabía perfectamente que esta vez, esos dos budokas sí habían atacado a una mujer aparentemente indefensa. Aunque ella les saliera respondona, el hecho era cierto.

No era posible teóricamente.

Pero había sucedido. Por eso ahora estaban muertos los dos.

***

El reactor de la TWA se posó en el aeropuerto internacional de Hong Kong.

Alexander F. Goldman se esforzó por ver a los que descendían del avión, apenas se abrió la portezuela y comenzaron a salir los viajeros escaleras abajo. A aquella distancia, no era fácil reconocer a los recién llegados, pero su instinto le decía que, efectivamente, sus invitados de honor estaban ya allí. —¿Vienen, tío Alex? —preguntó impetuosamente Jenny.

—No sé, querida. Pero cuando ellos prometieron hacerlo, es que lo harán. Son gente de palabra, Jenny.

—Es fabuloso, tío Alex —suspiró ella, clavando sus azules ojos en la distancia, en las figuras que descendían presurosas las escalerillas del avión—. Pensar que voy a conocer a un hombre a quien he visto en todas esas películas tuyas... A un guapo galán heroico, capaz de vencer a los peores enemigos, en el cine... y fuera de él. ¡Nada menos que a Frank Cole, el Dragón de Oro! Y a todos sus increíbles compañeros...

—Hubo un tiempo, sobrina, en que Frank y yo estábamos la mayor parte de las horas del día conviviendo en los Estudios, mientras se rodaban nuestras inefables películas —sonrió Alexander F. Goldman con expresión melancólica—. ¡Ah, qué tiempos...! Logré un gran éxito en el mercado. Frank tenía gancho. Gustaba a las mujeres, admiraba a los hombres... Y, de repente, surgió todo eso de los Dragones de Oro... Algo cambió su vida.

Obtuvo una fortuna no sé dónde, se reunió de unos camaradas excepcionales, y se dedicó a proteger a los demás, a ser un caballero andante de la Era Moderna. —¿Todo eso no es fascinante, tío? —palmoteo risueñamente su sobrina, los rizos dorados al viento del aeropuerto—. Es como una fábula hecha realidad... Un príncipe azul que viene entre nubes de ensueño. Así imagino yo a Frank Cole...

—Nunca supe que fueses tan romántica, querida —gruñó Goldman, volviéndose a ella, perplejo—. Clark se queja de que eres terriblemente materialista... —¡Oh! Olvida a Clark ahora —refunfuñó ella con un mohín de disgusto—. El es un muchacho vulgar, aunque encantador. Frank Cole... es otra cosa, tío.

—No delires, Jenny. Es solamente un ser humano. Y no pretende tampoco ser otra cosa.

—Aun así, sé que no será como los demás. Tiene que ser diferente. Se le ve en sus películas, en sus fotografías. Tan guapo, tan arrogante, tan inteligente… Y con ese poder formidable de su técnica, de su lucha…

—Siento defraudarte, Jenny. Esos poderes, él solamente los utiliza cuando son absolutamente precisos. No le verás hacer exhibiciones. Un budoka no es lo que ves en el cine. Es algo más. Mucho más. Su arte, su técnica, son una ciencia ancestral. Sólo la dedican a la defensa de causas justas, a la protección de los demás. A Frank no le gusta que le hablen de su personalidad como budoka ni que… ¡Hola! ¡Allí está, Jenny! ¡Es aquél! Y creo que, si no me equivoco, esos dos son sus amigos inseparables…

Señalaba Alexander F. Goldman hacia un punto determinado de las pistas de aterrizaje. Jenny Goldman, su sobrina, miró en esa dirección. Una altísima, elástica figura varonil, rematada por una cabellera de un rubio dorado, que el sol matinal de Hong Kong hacía resaltar más aún. Flanqueándole, la silueta escurridiza de un joven y bien parecido oriental, y una esbelta pero cimbreante mujer morena, una mulata de pelo rizoso, ai estilo afro, cuyas caderas, pechos y nalgas, eran un puro desafío sensual a cualquier mirada, aunque ella no lo pretendiese. —¡Oh, tío! Esa mujer, la compañera de Cole, es… es negra —murmuró Jenny, con cierto tono de decepción.

—No se te ocurra mencionar algo así delante de Frank —la reprendió severamente su tío—. Para él, no existen colores, matices ni razas. El hombre es, simplemente, el Hombre en sí mismo. El ser humano es bueno o malo, digno o innoble. Es la única diferencia que entiende. Es la más justa, creo yo.

—Pero…, pero oí decir a alguien que Frank Cole parecía a veces enamorado de su compañera… EL.., él no puede estar enamorado de…, de una negra, ¿no, tío Alex?

—Has vuelto a equivocarte —Alex se volvió a ella, reprendiéndola con un duro gesto—.

Cole es un hombre que no ha dicho nunca si ama a alguien, pero si siente algo por esa muchacha de color, lo sentirá por encima de cualquier tono de su piel. Y para él sería una ofensa imperdonable que alguien le mencionara tal cosa, ¿has entendido?

—Tío Alex, no soy racista, pero el amor entre dos personas de

diferente... —¡Basta! —atajó severamente su tío—. Te prohíbo que sigas hablando de ello, Jenny.

Ni siquiera sabemos otra cosa, sino que Frank tiene una amiga y camarada de piel oscura.

Es todo. No trates de saber más. Ni juzgues cosas así. Es mi postura definitiva. No quiero volver a oír hablar del asunto. En absoluto, ¿está claro?

—Sí, tío... —susurró ella, una vez más dominada por la fuerza y la voluntad de su casi omnipotente tío Alex, el magnate de las películas de Hong Kong, que ahora dividía sus inversiones financieras entre el cine comercial y las exportaciones a los Estados Unidos—.

Perdona si te molestaron mis palabras. No pude evitarlas.

—No son las palabras las que molestan —replicó su tío con cierta frialdad—. Son las ideas, los pensamientos. Sobre todo, cuando éstos dañan a personas amigas a quienes se estima...

Jenny se mordió el labio inferior y enmudeció. Hacia la valla del aeropuerto, que separaba al público de los recién llegados viajeros, caminaban ahora los tres personajes, con una misma sonrisa amplia y cordial.

—Aquél es —dijo Frank Cole a sus compañeros de viaje—. El hombretón alto y poderoso, que parece capaz de aplastar a todos con su humanidad. Ese es el gran Alexander F. Goldman. Creo que le debo cuanto soy.

—Como actor, quizá —rió Kwan Shang—. Pero como luchador, lo dudo mucho...

—Si no hubiera sido actor de sus películas, nada de lo que luego ocurrió hubiese sucedido. Y ahora no seríamos nosotros quienes somos —objetó Frank, sonriente—. De modo que, en el fondo, él fue el promotor de todo lo que ahora nos ocurre a los tres.

—Quizá tengas razón, Frank —suspiró Lena Tiger, escudriñando a los que esperaban.

De pronto, sus agudos ojos oscuros se fijaron en una figura femenina, esbelta y llamativa, ataviada con blancos shorts y blusa naranja, situada junto al magnate del cine del Este—.

Y en tal caso, ella ¿qué fue para ti? Porque esa preciosidad rubia va con tu productor, de eso no hay duda Frank miró hacia donde Lena le indicaba, y sacudió su rubia cabeza con aire de reproche. Su

voz sonó también reprobatoria:

—Lena, no vayas por ese lado... Alexander F. Goldman es viudo y sin hijos. Esa chica tan bonita debe ser su sobrina, Jenny. Entonces era una niña.

—Pues ha crecido mucho en sólo dos años —comentó Lena, mordaz.

—Ya sabes cómo son las cosas a esa edad. De los diecisiete a los diecinueve... Es como un abismo. De niña a mujer, casi de un soplo. No hay duda, es Jenny Goldman. Una de mis grandes admiradoras infantiles de mis tiempos de actor...

—Pues ten cuidado. Si ahora sigue siendo tu admiradora, no será ya tan infantil...

Kwan Shang rió, sin comentar nada. Los tres jóvenes y famosos budokas, cuya fama mundial había crecido considerablemente con sus últimas hazañas en Nueva York, no hacía de ello mucho tiempo (1), se aproximaron definitivamente hasta los que esperaban a los recién llegados en aquel vuelo San Francisco-Hong Kong. (1) Alude a los dos, últimos títulos de la serie de los Dragones de Oro, dentro de la colección ¡Kiai!, Los Cruzados Amarillos y El signo del Alacrán.

Salvaron la barrera aduanera, mientras sus equipajes pasaban a examen, y un abrazo fundió al productor cinematográfico con su ex estrella masculina, Frank Cole, el budoka norteamericano.

—De nuevo juntos, Frank —dijo con entusiasmo el millonario—. Es el mayor placer en mucho tiempo, amigo mío. Los ingresos de mis nuevas películas han disminuido en un setenta por ciento desde que me dejaste plantado.

—Pero sé que sus ingresos por la reposición de mis viejos filmes han aumentado en un trescientos por cien —rió Cole—. De modo que vaya lo uno por lo otro, ¿no, viejo zorro? —¡Oh, Frank, siempre serás el mismo! —se quejó Goldman—. ¿Sabes una cosa? Te ofrecería en este mismo momento un contrato en blanco por cinco años, para filmar las películas que tú eligieras. Sería el mejor contrato de tu vida.

—No, gracias —le palmeó enérgicamente Frank las amplias espaldas—. Sería también el mejor negocio de su vida, Goldman. Sólo que no puedo hacer ya negocios con nadie. —¿Por qué no?

—Porque tengo también un contrato en blanco con el mundo

oprimido y víctima de las injusticias de una sociedad deshumanizada. —¡Uf, Frank!, hablas casi como un revolucionario… —¡Cielos, no! Sólo pretendo revolucionar conciencias, no sistemas —rió Cole—. El hombre, gobierne quien gobierne, siempre será víctima de sus semejantes. Esa es la única política en la que creo. Quizá por eso no creo en nadie, aunque quisiera creer en todos.

—Esos sofismas deben ser orientales, porque no los entiendo demasiado bien —comentó irónicamente el magnate—. Bien, Frank, espero conocer a tus amigos. Esta es Jenny, mi sobrina. Tal vez la recuerdes, aunque entonces era una mocosa. —¡Oh, tío!, qué modo de echar por tierra mis posibilidades —se quejó Jenny, abrazando y besando a Frank—, ¡Hola, Cole! Para mí, de niña, eras como Su—permán.

Ahora, creo que lo eres todavía más.

—Encantadora criatura —comentó en voz baja Lena Tiger a Kwan Shang.

El joven chino se limitó a sonreír, mientras Frank hacía las presentaciones. Luego, tras un saludo un poco frío entre Jenny y Lena, que Alexander F. Goldman resolvió invitando rápidamente a todos a trasladarse a su formidable «Cadillac» dorado, que aguardaba junto al aeropuerto a los viajeros de San Francisco de California, para conducirles a su lujosa residencia de las colinas, en el punto desde el cual se dominaba la hermosa bahía de la ciudad, el litoral pesquero y los distritos populosos y comerciales, llenos de exótico colorido, de una de las más heterogéneas y sorprendentes ciudades de todo el Oriente.

—Sí, creo que es una buena idea —comentó con rapidez Kwan, observando la tirantez instintiva entre Lena y la sobrina de Goldman—. Vamos allá, ¿no te parece, Frank?

Cole, con una ojeada de soslayo hacia ambas mujeres, esbozó una leve sonrisa y asintió:

—Tal vez sea lo mejor, sí. Estamos un poco cansados del viaje… Además, hablaremos con más caima en su residencia, Goldman.

—Por supuesto. Y hoy podréis ver la proyección de dos de tus películas, Frank. Tengo copias de todas ellas en casa. Será una especie de revisión del pasado, ¿no crees?

—Si no hay más remedio… —suspiró Frank, resignado—. Aunque eso me hará sentirme viejo. Algo así como una vieja estrella

de Hollywood, viviendo de sus recuerdos...

Todos rieron el comentario de Cole, mientras se encaminaban al «Cadillac» dorado del magnate de Hong Kong, Justamente entonces, surgió el luchador invencible.

Y por vez primera en su vida de budokas, los tres Dragones de Oro supieron lo que era la derrota... la manos de un solo adversario!

***

Apareció de repente, justo al lado del aparcamiento de automóviles donde el lujoso y centelleante «Cadillac» dorado de Alexander F. Goldman, famoso en todo Hong Kong, esperaba a sus viajeros para conducirlos a la zona residencial de la ciudad.

Era una mole enorme, gigantesca e increíble. Un auténtico coloco que se movía en apariencia con cierta torpeza entre los coches. Pero esa torpeza era sólo aparente, a causa de su enorme estatura, más de siete pies, y de su colosal humanidad, que posiblemente arrojaría en cualquier báscula un peso de casi trescientas libras (1). (1) Unos dos metros y diez centímetros de estatura, y unos 150 Kilogramos de peso.

A su paso, se apoyaba en los coches aparcados, haciéndolos bambolear u oscilar con crujidos de metal, y sus manazas increíbles eran como tenazas erguidas, abiertas al aire, en busca de una presa.

Lo sorprendente es que aquella mole humana iba cubierta con una ancha caperuza que ocultaba su rostro y su cabeza toda. El resto del cuerpo, lo vestía una camisa negra y un pantalón ceñido. Ambas prendas le permitían una gran elasticidad y libertad de movimientos. —¿Qué es eso? —jadeó Kwan, mirando estupefacto hacia aquella figura gigantesca que venía hacia ellos—. ¡Que me ahorquen si lo entiendo...!

—Es un coloso, Frank... ¡y creo que viene a por nosotros! —silabeó Lena Tiger, encogiéndose como un felino a punto de saltar.

—Sí, eso es lo que me estaba temiendo —susurró Cole, ya puesto en guardia, haciendo un movimiento significativo hacía los Goldman, tío y sobrina, así como para sus amedrentado chófer. Miró en derredor y no vio cerca de ellos a persona alguna que advirtiera la extraña situación ni la presencia del gigante—. ¡Ustedes, apártense! ¡Dejen esto para nosotros...! Forma parte de nuestra vida actual, si es que eso nos ataca...

—Pero, Dios mío, ¿quién es? —gimió Jenny Goldman, con gesto

sobrecogido—. Nunca vi a nadie tan alto, tan poderoso...

—No sé quién pueda ser, Jenny, pero sólo conozco en el mundo a una persona que sobrepase los siete pies y pueda pesar trescientas libras, siendo a la vez un budoka virtualmente invencible por su potencia y por su agilidad. Pero ese hombre, naturalmente, es un budoka y como tal, cumple un código de honor que le impediría atacar a nadie sin ser previamente provocado...

—Pues éste no sufrió provocación, Frank., ¡y viene a por nosotros! —le avisó con tono alarmado Kwan Shang, puesto ya en guardia, con sus manos en posición de Hu-chao o Zarpa de Tigre, presto al ataque o a la defensa, sus piernas situadas como marcaban las técnicas más depuradas del Kung-Fu.

Era cierto. El coloso iba a por ellos. Un bramido escapó bajo su caperuza negra, y sus brazos colosales, de músculos demoledores y manos ciclópeas, se adelantaron en busca de sus figuras huidizas. —¿Quién es ese hombre de quien hablabas, Frank? —le preguntó en un murmullo Lena Tiger, adoptando también posiciones con su dominio del aikido para enfrentarse al titán enmascarado.

—Kempo el Fabuloso —murmuró Frank Cole, tenso, la mirada fija en el demoledor individuo que se les venía encima—. El más gigantesco y devastador budoka de todos los tiempos. Un chino increíblemente poderoso y hábil. Pero él es un luchador honrado y leal.

En modo alguno nos atacaría jamás, estoy seguro. Ese monstruo agresor... no puede ser Kempo el Fabuloso. —¡Te equivocas, maldito! —aulló un vozarrón atronador, bajo la capucha negra—. ¡Soy Kempo el Fabuloso, y vengo para aplastaros a los tres! ¡Demostraré que puedo matar a los Dragones de Oro sin dificultad alguna!

Y ante el horror de Lena Tiger y de Kwan Shang, Frank Cole, que se interpuso rápido en su camino, con una kata poderosa y certera dirigida al hígado de su colosal antagonista, salió disparado por los aires, como un pelele, cuando una mano de aquel titán le dio alcance...

CAPITULO IV

HONORABLES ASESINOS

TODO parecía formar parte de una horrible e insólita pesadilla. Algo que los Dragones de Oro no estaban acostumbrados a presenciar ni a vivir. Ellos eran siempre triunfadores, luchadores sin adversarios capaces de ponerles en apuros, ni siquiera cuando les superaban aplastantemente en número.

Ahora, de repente, todo había cambiado brusca y dramáticamente.

Era la derrota.

La más increíble y estrepitosa derrota jamás imaginada por ser alguno, dentro de las Artes Marciales. Empezó con el vuelo de Frank Cole, hasta caer sobre un automóvil, en violento aterrizaje, y quedar inmóvil.

Erróneamente, Kwan Shang se dejó llevar por sus impulsos y sentimientos, emitió un rugido, y saltó sobre el gigante, disparando una de sus piernas como si fuese una ballesta.

Encontró solamente el vacío, cuando estaba seguro de hallar en su camino el cuerpo del contrario, descargándole un impacto capaz de hacer oscilar a un rinoceronte. A su vez, se sintió cazado por un golpe de Tae-Kwon-Do del gigantesco luchador, y fue a volar también sobre los coches aparcados, hasta chocar violentamente sobre un parabrisas, pulverizar sus vidrios en medio de un sordo estallido, y quedar inerte después.

Lena Tiger, con los ojos llameantes de pasión, pero controlando lo más posible sus impulsos, tratando de ser dueña de sí, aun en tan dramáticos momentos, no vaciló pese a sentirse sola ante tan fabuloso adversario.

Voló materialmente, como si fuese un felino de negro pelaje sedoso, saltando en el vacío, para caer sobre el titán y lograr aplicarle un doble golpe con el canto de sus manos en nuca y cuello, que hizo gruñir al gigante, haciéndole oscilar apenas durante un segundo.

Inmediatamente, ante la mirada sobrecogida de los Goldman y de su chófer, el luchador colosal se limitó a describir un giro violento, y apenas Lena Tiger intentó frenar su acometida, le disparó ambas manos con virulencia, y ella saltó como un monigote, yendo a aterrizar a sus pies, dando volteretas sobre el asfalto. —¡Tú serás la primera en morir... aplastada! —rugió el monstruo, aproximándose a ella, y preparándose para describir un brutal tobi-keri, o salto en el aire hacia delante, con proyección de sus dos pies sobre el adversario caído. Lo cual significaría nada más y nada menos que el aplastamiento de Lena Tiger, bajo un impacto de trescientas libras vivientes, impulsadas por un extraño delirio criminal, inexplicable en un auténtico budoka.

Aturdidos, incapaces, Frank Cole y Kwan Shang parecían totalmente imposibilitados de llegar a moverse siquiera a tiempo para salvar a su compañera de tan horrible suerte.

***

Pese a todo, Frank sí pudo reaccionar, en un esfuerzo sobrehumano, en un auténtico alarde de coraje, ímpetu y desesperación ante la vida de su compañera en peligro. —¡Lena, ya voy! —rugió. Y de su cuerpo todo, como una vibración interna, concretada en un simple grito, en un desgarrador clamor de fuerza, poder y vitalidad, brotó aquel grito ronco, impresionante, que hizo estremecer a los testigos, vacilar al colosal luchador, y que movió su cuerpo todo, aunque mermado de energías, hacia la lucha decisiva —. ¡KIAI...!

El grito del ¡KIAI!, lanzado por Frank Cole en su impetuoso salto desde la capota de un coche hasta la figura gigantesca erguida en el parking, fue como el subrayado a una situación de tal dramatismo que escapaba | a toda posible descripción.

Lena que, vencida en el asfalto, veía venir sobre sí aquella mole asesina, sin medio humano de impedirlo, creyó ver un milagro sobrehumano, cuando la figura de Cole voló por los aires como un proyectil, para caer sobre el Fabuloso y descargar en su cuello y en

su clavícula un doble golpe de sus manos en shuto —mano utilizada abierta, rígida como la hoja de un sable—, que incluso a aquel gigante hicieron oscilar, con un ronco bramido de dolor.

Sin embargo, en ese mismo instante, cuando parecía que Cole podía seguir remachando su obra y abatir a tan colosal adversario, éste se debatió en otro esfuerzo titánico, y arrojó lejos de sí, contra un muro, a Frank Cole.

Luego, intentó de nuevo aplastar, triturar bajo su humanidad monstruosa, a la infortunada Lena Tiger, que pugnaba por salir de su aturdimiento, de su inmovilidad...

En ese momento, sonó el disparo de rifle.

Y Kempo el Fabuloso cayó de bruces, como un fardo, justo al lado de donde Lena había estado esperando la llegada de la muerte...

Unos agentes de la policía de Hong Kong, uniformados y con las armas de fuego a punto, aparecieron en el escenario de la dramática lucha donde, por vez primera en sus vidas, los Tres Dragones de Oro habían conocido el amargo sabor de la derrota.

Y ahora sabían que, además, habían estado a punto de conocer el último y acre sabor de la muerte.

—Menos mal... —resopló el policía, bajando su arma al ver caer al gigante—. Vimos lo que sucedía, pero la distancia era muy grande, señor Goldman... Temimos herirles a ustedes si disparábamos...

—Está bien, agente —suspiró el magnate—. Diga a su jefe, el capitán Dekker, que agradezco en lo que vale esta intervención de ustedes, sus subordinados, en este triste asunto.. Estos tres amigos son mis invitados en Hong Kong. Y han estado a punto de ser muertos por ese salvaje gigantesco a quien Dios confunda... Por fortuna, es él quien ha caído. Llévense su cadáver de aquí, no quiero volver a recordar lo sucedido...

—Espere, Goldman. —Era un jadeante, aturdido pero animoso Frank Cole quien hablaba ahora, tras ayudar a Lena a incorporarse, y auscultando al cuerpo enorme abatido en el asfalto de las cercanías del aeropuerto de Hong Kong—. Este hombre aún vive. Y me interesa que le traten adecuadamente para que pueda sobrevivir. —¿Tanto le preocupa la supervivencia de quien pudo matarle a usted? —preguntó Goldman mientras los policías

avisaban a una ambulancia y rodeaban al enmascarado herido.

—Sí, amigo mío —suspiró Frank, quitando la caperuza al caído, y examinando el rostro ancho, vigoroso, sorprendentemente noble y apacible en su inconsciencia de ahora, bajo el tejido negro de la máscara—. Como suponía y él mismo confirmó, es Kempo en persona. —¿Y quién es Kempo? —se interesó la sobrina de Goldman, acercándose.

—Un luchador de Artes Marciales. Siempre fue un caballero —dijo Cole, ceñudo, mirando al herido, por cuyo pecho brotaba sangre del orificio producido por el proyectil—. No tiene sentido que nos haya atacado así. Su nobleza es proverbial en los ambientes de budokas de cualquier nacionalidad. Es el hombre más poderoso y gigantesco que se dedica a las Artes Marciales.

Jamás usó sus conocimientos indignamente. Y ahora... intenta matarnos a los tres. ¿Por qué? Eso es lo que no tiene sentido, lo que quisiera averiguar, a través de él mismo, si es que vive...

***

—En suma, Frank: fuimos atacados por un honorable asesino, que diría cualquier japonés, refiriéndose a Kempo el Fabuloso —refunfuñó Kwan Shang, paseando por el amplio y bien cuidado jardín de la residencia de Alexander F. Goldman en la colina residencial de Hong Kong, ante una panorámica impresionante de la ciudad, su bahía y sus aguas, salpicadas de yates de lujo, juncos chinos y sampanes pintorescos.

—Sí, se podría definir así ese ataque criminal —admitió Cole con un suspiro, la mirada perdida en el horizonte marino—. Absurdo, ¿no?

—Por completo, Frank. Si no es por ti y por ese policía tan oportuno... hubiese triturado implacablemente a Lena.

—Lo sé, pero ¿por qué? Tú sabes que un budoka jamás es un criminal.

—Pues esta vez falló lamentablemente la norma, Frank. Eso es lo único cierto.

—Tiene que haber algo más que eso, Kwan. —¿Qué? —le interpeló el joven chino con escepticismo.

—No sé... —Cole se pasó una mano por su frente surcada de pliegues de preocupación—. Si ya hubiera vuelto en sí... Tal vez él mismo nos lo llegue a decir.

—La herida es grave. Del hospital dicen que tardará en recuperarse... Y casi me alegro de ello, Frank. Cada vez que me acuerdo del momento en que volé por los aires... Era como un niño inofensivo a su lado. ¡Cielos, jamás me sentí tan avergonzado, tan vencido... y tan en peligro!

—Sé lo que sientes. Todos pensamos algo parecido. Pero insisto: ¿por qué una persona honorable y digna se convertiría en un agresor de instintos homicidas?

—No me lo preguntes a mí. No tengo la respuesta, Frank.

—La respuesta... —Cole movió la cabeza, con aire de perplejidad —. Me pregunto dónde estará esa respuesta..., si es que realmente la hay.

—Ese hombre, Kempo... creo que ha venido a Hong Kong para hacer una película con un competidor de tu ex productor, el que es ahora nuestro anfitrión —comentó, Kwan, pensativo—. Al menos, eso es lo que he oído comentar. El japonés gigante lleva tan sólo un mes en Hong Kong, y goza fama de hombre apacible y correcto, como tú muy bien decías.

—Claro. Siempre estuve seguro de eso.

—Sin embargo, de repente...

—De repente, todo ha cambiado. Eso no tiene mucho sentido, Kwan. Estoy deseando hablar con él. ¿Hay posibilidades de que se recupere?

—Creen que sí, porque es un hombre de fortaleza nada común. Viéndole, ya se lo imagina fácilmente. Pero la verdad es que la bala le alcanzó muy cerca del corazón. Y aún tienen que extraérsela, cosa que no resultará sencilla ni breve. De todos modos, quedaron en avisar del hospital cuando el peligro haya pasado..., si es que pasa.

—Confío en ello —suspiró Frank—, El enigma de ese cambio de conducta, me tiene intrigado, Kwan. Pero creo que todo tendrá su explicación, llegado el momento. —¡Ojalá! El hecho de venir a Hong Kong a pasar unas vacaciones, invitados por Goldman, y encontramos con semejante recepción en el aeropuerto, no resulta demasiado esperanzador, después de todo.

—Eso es lo que más me sorprende, amigo mío —confesó Cole, paseando por el bien cuidado jardín—. Kem— po, el gigante japonés, se convierte de repente en un agresor de instintos

criminales. Y además de eso, nos ataca precisamente a nosotros tres, cuando apenas si hemos puesto los pies en esta ciudad. ¿Por qué, Kwan, por qué?

—Confieso que no sé responderte, Frank. No lo entiendo.

—Yo tampoco. Pero me siento preocupado. Y no sólo por Kempo..., sino por nosotros.

—Sí —admitió el joven chino, enarcando las cejas—. Es lo mismo que había pensado yo.

Regresó Kwan al interior del edificio en el que ahora se alojaban, y cuyas dependencias a ellas destinadas, daban a aquella bella porción de jardín asomada a la bahía.

Frank se quedó paseando por los senderillos de grava, con gesto meditativo. Caía la tarde sobre Hong Kong. Era la hora de un espectáculo único y maravilloso, que él ya conocía sobradamente pero que siempre le fascinaba por igual.

Con el descenso de las azules sombras sobre la bahía y la ciudad de Victoria, luces de mil colores comenzaban a parpadear en las callejuelas de la ciudad y en las amplias avenidas de la zona litoral. En el puerto, guirnaldas de luces se encendían, como festones radiantes, reflejándose con su cabrilleo en las aguas, y cada sampán, cada junco, cada pequeña embarcación pesquera era una lucecilla más, bailoteando suavemente sobre la superficie del mar, acá y allá, hasta formar una especie de estrellado, de constelación a ras de tierra y agua, de increíble belleza.

Era la mágica noche asiática, la hora fascinante y a la vez peligrosa de la más cosmopolita ciudad del mundo. El momento en que la aventura, lo prohibido y lo peligroso, se fundían en una amalgama inquietante y fascinadora.

El conocía bien ese Hong Kong que muchos turistas, por fortuna para ellos y para su seguridad personal, sólo llegaban a conocer superficialmente, en su lado más ambiguo e intrascendente. El sabía que el vicio, la intriga y la muerte, se mezclaban en peligrosa fusión con el atractivo exótico de la puerta de Asia. Y que la divisoria que separaba lo alegre y lo divertido de lo amenazador y ominoso, era tan sutil que a veces apenas si existía.

Aquél era el Hong Kong que, como actor de cine y como budoka componente de los Tres Dragones de Oro, había aprendido a conocer en otros viajes. Ahora, cuando se las prometía felices, en un

retorno simplemente turístico, de pura diversión y relajamiento, surgía de nuevo la inquietante sombra de lo oculto, de lo sinuoso, como si Hong Kong no quisiera nunca mostrar a los hombres audaces —su cara amable y sonriente de paraíso del turismo mundial, sino la otra, soterrada y siniestra, que tenía su madriguera en las callejuelas sórdidas e inquietantes del corazón misino de la vieja ciudad oriental.

Apenas llegados allí la muerte había aleteado sobre ellos súbita y violentamente.

Una muerte extraña, inexplicable en su forma. La muerte, representada por un hombre que, como ellos mismos, había hecho un juramento, había pactado unas reglas de honor a las que, como practicante de Artes Marciales, no podía faltar.

Es más: Kempo, el fabuloso luchador japonés de increíble mole física, era uno de los budokas más pacíficos y nobles del mundo, quizá por su propia humanidad que le hacía doblemente peligroso en cualquier confrontación.

No, como dijera Kwan Shang, aquello no tenía mucho sentido. Pero algo había en ello de cierto e irrebatible: la muerte había acechado por unos instantes a los Dragones de Oro. Por vez primera en sus vidas, alguien les haba derrotado de forma implacable y peligrosa, estando a punto de rematar su victoria con la muerte de los tres. ¿Por qué?

La pregunta, sin respuesta, empezaba a quemar la mente preocupada de Frank Cole, impidiéndole sentir el relajamiento que se había prometido a sí mismo durante aquella estancia turística en la ciudad.

Si al menos hubiera una respuesta, la que fuese... —¿Buscando todavía esa respuesta?

Casi se sobresaltó. Llevado por sus pensamientos, había llegado a olvidar, incluso, el lugar donde se hallaba. Se volvió, sorprendido por la suave pregunta que había surgido a sus espaldas, en una voz femenina y cálida.

Jenny Goldman no era ya la adolescente casi infantil que recordaba él de dos años antes. Ni mucho menos. Y por si hubiera alguna duda de ello, tras las palabras de Lena Tiger y su modo de estudiar a la rubia muchacha, ahora se lo estaba mostrando la hija del magnate del cine del Este, en toda su plenitud posible.

—Creo que sí —sonrió Frank—. Me gusta buscar las respuestas a las interrogantes que no comprendo. Perdona, Jenny, si he llegado a olvidarme incluso de donde estoy. Dirás que soy un invitado bastante aburrido e incorrecto...

—Nada de eso, Frank. Me gusta la soledad en este jardín; sobre todo cuando oscurece y la ciudad se llena de ese salpicar mágico de luces. ¿A ti también?

—Sí, también —asintió Cole, viendo cómo ella se aproximaba a él.

Vaya si mostraba que era ya toda una mujer. Más aún que con sus shorts en el aeropuerto. Jenny Goldman lucía ahora un traje de tarde color verde esmeralda, de falda abierta lateralmente hasta lo alto del muslo, permitiendo descubrir la longitud y belleza de sus piernas bronceadas. Por la parte superior, el vestido describía un profundo descote al que asomaban indiscretamente las prominencias agresivas de unos pechos jóvenes y espléndidos, que parecía gozosa de exhibir. El vestido se amoldaba suave y turbadoramente a su breve cintura, a sus caderas y a sus bien formadas nalgas.

Evidentemente, Jenny Goldman ya no tenía nada de chiquilla. Era toda una mujer, y no quedaba la menor duda sobre ello. —¡Oh, Frank, es como un sueño! —suspiró la joven, deteniéndose junto a él, en la balaustrada del jardín, asomando al panorama nocturno, apoyando sus manos en la baranda de piedra—. Estar aquí, en Hong Kong..., a tu lado.

—Hong Kong es el único sueño que existe —sonrió Cole—. Y tú lo tienes cotidianamente, puesto que vives aquí. Eres muy afortunada, Jenny.

—Sí, lo soy. Sobre todo, ahora. En estos momentos qué no olvidaré nunca. —Extendió su mano sobre la baranda, hasta encontrar la de Cole, y se puso sobre ésta, apretándola—. A tu lado, Frank... Con lo que he soñado contigo desde que veo tus películas, desde que me sentí mujer...

—Ya me conocías de antes, Jenny. Muchas veces estuviste en el set de rodaje donde yo trabajaba...

—Era diferente entonces. Yo era una chiquilla. Aun así, te admiraba. Luego, mucho más. Cuando dejaste de ser un simple actor para convertirte en lo que eres ahora..., sentí que hubiera sido

tan joven al conocerte. Pero ahora es diferente. Has vuelto. Y yo no soy ya la chiquilla alocada de entonces. Soy toda una mujer, Frank. ¿No lo has notado?

—Claro —sonrió Cole—. ¿Quién no notaría eso, Jenny?

—Frank, quiero que lo notes en toda su intensidad, que estés seguro de que, realmente, soy una mujer…

Inesperadamente, las manos de Jenny Goldman tomaron la suya propia con fuerza inusitada. Eran manos que temblaban, manos febriles que, antes de que pudiera él imaginar lo que pretendían, habían hundido su mano, sus dedos, en el descote profundo, hasta que palpó en toda su redondez mórbida los pechos erectos y firmes. Trató de extraer la mano de aquel encierro perfumado y turbador, y no le fue posible. Jenny, con un apagado jadeo de pasión, estrujaba materialmente sus dedos sobre la carne firme de los senos, oprimía aquella mano varonil contra sus endurecidos pezones de mujer en plenitud, al tiempo que su cuerpo todo se pegaba a él, y notaba el calor de los muslos de ella, tocando los suyos propios.

—Frank, Frank, soy mujer… y soy tuya —susurró ella, buscando su boca, mordiendo sus labios sin recato, en un estallido de deseos sensuales incontenibles—. Poséeme, Frank.. y seré tuya para siempre…

Era un hombre frío y sereno, pero, ciertamente, era un hombre. Jenny era hermosa y provocativa; una joven que contenía bajo su piel un volcán abrasador que asomaba a! calor mismo de sus perfumados pechos palpitantes. El contacto carnal podía hacer estragos en cualquier hombre, nublar su entendimiento y su propio control. Aquella tarde húmeda y cálida podía poner el resto, con sus miles de luciérnagas lejanas, titilando en las aguas de la bahía o meciéndose sobre el dédalo de callejuelas exóticas.

Tuvo mucha fuerza de voluntad. No dejó que su cerebro fuese dominado por el instinto que ella espoleaba audazmente en él. A pesar de todas las presiones de la mujer, logró extraer su mano del busto de la joven, perdiéndose el contacto con aquellas formas prominentes y deseables.

Apartó su cuerpo, retiró los dedos de los de ella y se quedó contemplándola con cierta frialdad, conteniendo los impulsos excitados de la muchacha.

—No —dijo Frank—. Eso no, Jenny. Sería una locura,

compréndelo…

—Frank… —los ojos de ella brillaban en la penumbra.

—Estoy en tu casa, soy el invitado de tu padre, Jenny. Eres demasiado joven, además.

No lo hagas todo más difícil. —¡Oh, Frank! No puedes hacerme esto… —el brillo de sus ojos se tornó húmedo, las lágrimas colgaron de sus pestañas.

—Lo siento. Es lo mejor que puedo hacer por ti… y por todos.

Ella sollozó, dando media vuelta. Se alejó a la carrera por el jardín, musitando con voz excitada: —¡Te odio, Frank, te odio! ¡No quiero verte más!

Desapareció dentro de la casa. Cole respiró hondo. Agitó la cabeza y miró a la bahía, con un gesto de desaliento. Había sido difícil, pero lo había conseguido. Ahora iba a ser más difícil convivir bajo un mismo techo con aquella jovencita apasionada. Pero no podía hacer otra cosa. —¡Bravo, Frank! Creí que caerías finalmente…

Levantó la cabeza. Clavó sus ojos en las sombras. De éstas se destacó una sigilosa figura oscura, de ojos centelleantes. Era como si emergiera de la noche una pantera negra. Pero era solamente una mujer. Una mujer de exótica belleza y piel color canela. —¡Oh, Lena! —murmuró Frank, moviendo la cabeza—. ¿Espiándome?

—Palabra que fue todo casual. Venía hacia acá cuando sorprendí el final de la escena.

Estuve a punto de volverme… —sonrió. Sus blancos dientes destacaron entre los carnosos labios—. No te podías reprochar nada. Eres un hombre, Frank.

—Creo que ella no pensará igual ahora.

—Eres un hombre —repitió ella, más cerca—. Lo has demostrado sobradamente. Esa chiquilla hubiera cometido una locura. Es toda una mujer, pero Sólo en lo físico. Otro hombre, en tu lugar, hubiese seguido adelante. Es joven, hermosa… y rica. ¿Qué más podía pedir?

—Me haces sentir casi como un santo —rió Cole de buen humor.

—No. Eres solamente un hombre de mente muy fría y calculadora, eso es todo —suspiró Lena Tiger, poniendo en su hombro una de sus manos—. A veces, no sé por qué, tengo celos de ti. Ninguna mujer te cazará fácilmente. Pero lo malo es que también

eres igualmente frío y calculador conmigo...

—Lena, ¿por qué hablas así? ¿Por fin soy un santo o un malvado?

—Ni una cosa ni otra. Eres Frank Cole, simplemente. —Se inclinó, le besó los labios con su boca sensual, prolongadamente. Al apartarse, los ojos de Lena brillaban—. Es suficiente, creo. Hay que aceptarte como eres. En ti hay una parte de humanidad y otra de cálculo y reflexión.

—Es inevitable. De otro modo, no hubiese elegido este camino, Lena.

—Lo sé. Por eso te admiro. Tal vez por eso también te ame tanto... Sé que ni siquiera te gustaría ser mi esposo ni el de ninguna otra. Eres así.

—Debemos ser así, Lena. Solamente camaradas, amigos; unidos en un mismo esfuerzo.

El matrimonio erosionaría esa unión. Disolvería el grupo inexorablemente. Un hogar no es ya un verdadero refugio para los Dragones de Oro. Hicimos una promesa, y debemos cumplirla, aso es todo.

—Sí, eso es todo —suspiró ella, moviendo su rizosa cabeza con resignación—. ¿Qué te parece si entramos, Frank? Ese hombre, tu anfitrión, está preparando los aperitivos para antes de la cena. Luego, nos exhibirá una de tus mejores películas... y después decidiremos todos si seguimos por Hong Kong la nuit, o nos vamos a dormir tranquilamente. Todo un buen programa de descanso y relax, al que no debemos faltar.

—Sí, vamos —asintió Cole, sonriente—. Hay que cumplir con el anfitrión, por encima de todo.

Tomó a Lena de una mano, y juntos iniciaron el regreso a la casa. Tras ellos, quedó el oscuro jardín, las guirnaldas de luces en la noche de Hong Kong, el hechizo de la atmósfera inquietante de la más extraña ciudad del mundo...

Y en la oscuridad, entre los setos y flores del jardín, otra sombra furtiva se deslizó, cautelosa, sin ser percibida. Unos ojos brillantes y astutos, parpadearon en la oscuridad, fijos en Frank y en Lena, mientras éstos se alejaban.

La tempestuosa escena de pasión entre Jenny Goldman y el budoka americano había tenido un testigo más. Un misterioso y

oculto testigo.

CAPÍTULO V

SOMBRA FURTIVA

- Le felicito, Cole. Era usted un actor muy bueno, además de un extraordinario luchador. Habitualmente, los protagonistas de películas así, acostumbran a ser mediocres intérpretes. Ese no era su caso, ciertamente.

—Bueno, tampoco hubiese quedado demasiado bien en Hamlet o en Cyrano —rió Frank, de buena gana.

—No sea cáustico —se quejó Doug Kildare, con la copa de champaña en la mano—. El género que interpretaba lo hacía muy bien, y eso es lo que cuenta. ¿Por qué lo dejó?

—Hubo algo más fuerte que mi profesión. Y lo elegí.

—Sí, entiendo —el hombre alto, de cabellos rubios oscuros y ojos muy azules, impecable en su smoking blanco, movió afirmativamente la cabeza, contemplando al joven budoka con expresión admirativa—. Todo el mundo conoce la historia de los Dragones de Oro. Bueno, no toda, porque se dice que para hacer ustedes lo que hacen, han de poseer una inmensa fortuna, y mi jefe, el señor Goldman, me ha dicho que usted no pudo ganar ni la milésima parte del dinero que necesita para una labor así, con la sola interpretación de sus filmes. Lo cierto es que todo el mundo se pregunta cómo pueden financiar los Dragones de Oro su existencia dedicada a ayudar a los demás, sin percibir nunca nada a cambio... Y no crea que eso se lo preguntan solamente en Hong Kong, en Tokio o en Londres, sino también en donde ahora resido yo, como representante del señor Goldman y sus negocios. Es decir, en el propio Pekín, en la República Popular China.

—Es muy halagador que todo el mundo se preocupe de nosotros

—sonrió Frank, moviendo la cabeza—. Pero lo cierto es que esa parte de nuestra vida es un secreto que sólo nosotros debemos conocer. Es algo que prometimos una vez, y es una promesa que no puede romperse, señor Kildare.

Doug Kildare, el delegado de Goldman en China, asintió pensativo, con una sonrisa.

—Sí, comprendo muy bien. Todo en ustedes tiene mucho de fascinante secreto. Me pregunto si es posible que esté ahora aquí, con ustedes, como si fuéramos amigos de toda la vida, charlando y disfrutando de la hospitalidad del señor Goldman… Cuando relate esto en Pekín a mi regreso, no lo van a creer.

—Tenemos buenos amigos también en China. Como en todas las partes del mundo —comentó Cole—. Es la ventaja de no tener matiz político alguno. Ese es un terreno en el que jamás nos hemos metido. Ni creo que nos metamos, a menos que de ello dependiera la vida de muchos seres humanos, señor Kildare.

Se apartó Cole del rubio caballero y su mirada resbaló sobre la joven Jenny Goldman, que charlaba animadamente con un joven de cabellos cortados a cepillo, gafas de miope y aspecto de gran timidez. No era mal parecido ni tenía mala figura, pero su aire apocado le hacía parecer mucho menos estético de lo que era.

Sabía que se trataba de Clark Harrison, el pretendiente a la mano de Jenny. Los ojos de ésta se cruzaron un instante con los de Frank. Hubo como un destello de ira y luego se desviaron, mientras un vivo carmín asomaba a las mejillas de la joven, y parte del champaña de su copa se derramaba en su mano vacilante. Pidió algo a Harrison y se alejó con él hacia el jardín.

—Pobre muchacho —rió Goldman, cerca de él—. Le compadezco. —¿A Harrison? —Cole se volvió hacia su anfitrión.

—Claro. Mi hija es demasiado temperamental y fuerte para un hombre como él. Creo que si se casan, no constituirán una pareja demasiado afortunada. Y es una lástima, porque Harrison es un gran chico. —¿Qué le falta, entonces?

—Carácter —resopló el productor, ofreciendo a Frank otra copa de champaña, cosa que éste rechazó, puesto que aún tenía casi llena la primera. El alcohol no entraba entre sus predilecciones. Ni entre las de ningún budoka consciente—. Es tímido, introvertido, vacilante… Lo malo es que es inteligente y hábil para los negocios.

Su padre le envió aquí desde Chicago para que le llevase un pequeño negocio de alimentos envasados. Pues bien, en sólo tres años ha convertido el pequeño negocio en una próspera e importante empresa. Tiene iniciativa comercial, gana dinero fácilmente, es inteligente..., pero no tiene carácter. Y menos para una chica como mi Jenny. Creo que cada vez que le pida un beso, aunque estén solos en lo más oscuro, se volverá rojo como un pimiento.

Rió entre dientes su propio comentario y sacudió la cabeza, mirando a Cole con expresión amable y cordial. El joven luchador dejó su copa casi llena en una mesa y miró su reloj de pulsera.

—Creo que no iremos esta noche a ningún sitio, Goldman. Ya es tarde, y me siento algo cansado. Incluso un budoka puede cansarse..., sobre todo cuando ha recibido un buen escarmiento a manos de un tipo como Kempo.

—Como tú digas, Frank. Estáis en vuestra casa. Si preferís quedaros, otro día iremos a visitar la ciudad por la noche. Mi empleado, Kildare, se quedará aún varios días por aquí, y le he prometido mostrarle unos cuantos rincones prohibidos de la ciudad... —Le guiñó un ojo y sonrió maliciosamente—. ¿A ti no te atrae el pecado, Frank?

—Soy un luchador, no un asceta ni un misógino —rió Cole—. Dice un refrán oriental que el hombre que bebe con discreción, come con moderación y disfruta del sexo con templanza y orden, nunca será un verdadero pecador, sino una persona inteligente y justa.

—A buen entendedor... Iremos una noche a esos rincones que te mencioné, palabra...

Ahora, Frank..., hasta mañana, si deseas retirarte. Esta es tu casa. Me gustaría que estuvieras en ella sin sentirte obligado ni sometido a nada que no sea tu propia voluntad.

—Gracias, Goldman. Le aseguro que ha sido una grata noche. Cena excelente, una copia impensable de mi vieja película favorita... y ahora el merecido descanso. No puedo pedir más.

—Hasta mañana entonces, Frank —Goldman puso una de sus grandes y vigorosas manos en el hombro de Cole, y le miró con peculiar expresión—. ¡Ah, amigo mío! Si tú fueses el pretendiente de mi hija y no Harrison..., qué diferente sería todo. Tú sí sabrías

poner a Jenny en la vereda que le corresponde, estoy seguro. Posiblemente serías el único hombre capaz de ello en este mundo. Lástima que tu única esposa sea la lucha y todo eso...

Frank sonrió, despidiéndose de todos. Tras estrechar la mano a Kildare, el joven Harrison y Jenny volvieron del jardín, él con las mejillas arreboladas y los ojos parpadeando tras los gruesos lentes más de lo habitual. Frank se despidió también del tímido muchacho, y se inclinó ante Jenny, que respondió con frialdad a su saludo.

El viejo Goldman no dejó de observar el detalle, pero no hizo comentario alguno. Los Tres Dragones de Oro se retiraron a sus alojamientos, y la tertulia se disolvía poco después, regresando también Kildare y Harrison a sus domicilios.

Las luces, en la mansión ajardinada, fueron apagándose paulatinamente, hasta que las sombras reinaron en el recinto.

Todo parecía dormir, al igual que los habitantes de la casa.

Pero alguien velaba en las sombras. Alguien pegado a la vidriera de un dormitorio. Una persona que había creído captar unos roces en el jardín, y hasta estuvo segura de advertir una sombra en movimiento entre las sombras inmóviles de la noche.

Esa persona era Frank Cole.

—Estoy seguro —musitó para sí, escudriñando la oscuridad de! exterior desde su dormitorio sumido en tinieblas—. Hay alguien merodeando por ahí afuera...

***

La figura furtiva se despegó de uno de los setos, deslizándose hacia la edificación. Unos ojos cautos, astutos, escudriñaron en torno, vigilantes. No descubrieron nada alarmante, y los pasos Sigilosos del merodeador condujeron a éste junto al muro mismo del edificio.

Transcurrieron unos momentos de silencio, de quietud. Apenas si aquellos pies producían un leve rumor inapreciable en la gravilla de los senderos del jardín, o el cuerpo un roce susurrante en la hojarasca.

Finalmente, aquella forma viviente llegó hasta las puertas vidrieras de la casa. Parecía meditar, en la sombra, sobre el medio más idóneo para intentar forzar el acceso al interior sin producir ruido ni despertar la alarma.

El intruso ignoraba totalmente que, muy cerca de su actual emplazamiento, a través de una vidriera oscura, otros ojos tan sagaces como los suyos, seguían sus furtivos movimientos con absoluto rigor.

Esa persona esperó todavía unos instantes. Luego, tras una acción cautelosa y totalmente callada sobre el pestillo de la puerta-balcón, deslizó éste con súbita rapidez y saltó la figura elástica al jardín. —¡Quieto! —silabeó autoritariamente, situándose ante el intruso—. ¡Quienquiera que seas, no te muevas de ahí!

Hubo un jadeo sordo, una apagada imprecación en la oscuridad, y la orden fue desobedecida. Frank Cole, atento a la persona desconocida que acababa de conminar, observó en una fulgurante fracción de segundo que el interpelado no sólo no pensaba obedecer tal demanda, sino que iniciaba ya hacia él un salto ágil y peligroso, que formaba parte de un ataque abierto.

Fuese quien fuere el intruso, se enfrentaba con un luchador.

Un luchador de kung-fu, exactamente.

El intruso saltó hacia Cole con sus manos en posición tradicional para tal técnica de lucha, adoptando una postura de Hu-Chao o Zarpa de Tigre. Es decir, con los cinco dedos de cada mano arqueados como garras, en disposición de agarrar al enemigo o de golpearle violentamente como sólo un experto en kung-fu puede hacerlo.

Frank utilizó su técnica de karate para contrarrestar aquel ataque peligroso. Acogió la llegada de su jadeante enemigo, con una kata defensiva, que situó su brazo ante sí, parando el doble impacto de aquellas peligrosas zarpas humanas.

El enemigo, con rapidez centelleante, saltó, emitiendo un sonido gutural, y su pie se disparó, con el talón desnudo, hacia el mentón de Frank. Logró alcanzarle y le arrojó de espaldas en la gravilla, tal fue la fuerza y precisión del impacto.

Pero Cole, al caer, advirtió el intento de su ágil antagonista, intentando un salto felino hacia él, con una pierna extendida para martillear de nuevo, y las manos esta vez en posición Tao-Shou o cuchillo, para golpearle con el filo, remachando la obra definitivamente.

Cole se revolvió, saltó sobre sí mismo como si fuese de goma, sorprendiendo a su adversario, que le creía aturdido, y sus piernas y

brazos se movieron vertiginosos, en una posición de Pinan-Nidan, para golpear simultáneamente con Tsuki-Jodan lateral de su puño derecho, y Yoko-Geri-Jodan de su pie derecho, disparado como una catapulta contra tan temible adversario, Con un gemido ronco, tras recibir el doble impacto, cayó a tierra el intruso. Sin perder un instante, Cole saltó en proyección hacia adelante, en Tobi-Keri, golpeando con ambos pies el pecho de su adversario, que gimió a flor de labio, intentando en vano liberarse de su ataque.

Luego, Cole inmovilizó al caído con una presa enérgica e inexorable sobre sus ropas y cuello, manteniéndolo reducido, incapacitado para luchar o incorporarse.

—Ya basta... —jadeó una voz quebrada—. Me rindo... No me mate. Me rindo, por favor...

Sorprendido, Frank estuvo a punto de soltar a su misterioso enemigo de las sombras.

Pero se dominó, sin dejar de reducirlo con su presa.

Era la voz de una mujer

***

—¿Por qué no quiere que despierte a la gente de la casa y la entregue a la policía?

—No, no, por lo que más quiera. A la policía, no. No llame a nadie. Se lo ruego.

Frank contempló fríamente a su prisionera, en el interior de su alcoba, ahora con las cortinas corridas cuidadosamente sobre las grandes vidrieras, y encendida una de las pequeñas lámparas de las mesillas. —¿Por qué debo hacerle caso? Usted me atacó cuando yo no me había mostrado agresivo en absoluto.

—Debe perdonarme. Estaba nerviosa, asustada. Creí que era uno de ellos. —¿Ellos?

—Mis enemigos. Me persiguen desde Macao, tratan de aniquilarme, de asesinarme sin piedad... —¿Quiénes son ellos?

—No... no lo sé —musitó ella, mordiéndose el labio inferior.

—Vamos, vamos, ¿pretende acaso contarme un cuento de hadas? —se irritó Frank, contemplando aquel bonito rostro oriental, de porcelana, bajo los lacados bellos negros.

Era una joven y hermosa china. Pero había estado a punto de matarle con sus golpes—.

Apare ce en esta casa furtivamente, la conmino y usted me ataca

con una perfecta técnica de kung-fu y un claro propósito de matarme. Ahora, la estoy escuchando y usted me pide que no diga nada a nadie, que no revele su estancia aquí, que no avise a la policía... Y por si fuera poco, me dice que quieren matarla y ni siquiera sabe quién ni por qué. ¿Cómo espera que me trague todo eso y trate de ayudarla?

—Sé que mi historia no es verosímil, señor. Lo siento mucho, pero es tan poco lo que yo puedo decirle... —Estrujó sus manos, retorciéndolas angustiadamente. Los ojos almendrados que se clavaron en Frank parecían patéticos, desesperados. Pero Cole no quería fiarse. Podía ser todo parte de una hábil farsa—. Lo cierto es que vivía refugiada en Macao, por cuestiones políticas. Mi padre no era bien visto en la República china. Fue monje budista, y le acusaron de conspirar contra el Régimen, aunque le aseguro que eso no es cierto, que otro monje parecido a él, llamado Wiao-Kong, se hizo pasar por él en la región de Cantón y protagonizó unos levantamientos de campesinos contra el Gobierno de Pekín, con ayuda del exterior. Pero en todo eso mi padre no participó en absoluto, y quería probar su inocencia. Ahora, nada sé de él. Ni siquiera si vive o no, puesto que era perseguido, buscado por el Ejército chino y por la policía de Seguridad. Yo me refugié en Cantón siguiendo sus instrucciones, para esperarle. El sabía que no podría demostrar su inocencia en aquellos cargos de tipo político, permaneciendo escondido en el interior de China, y quería que sus amigos le ayudasen, mientras él se refugiaba en Cantón, a la espera de probar que el monje Wiao-Kong era el culpable, y no él. —¿Adónde conduce esa larga historia de acusaciones, culpas e inocencias, señorita? —se impacientó Cole, con gesto hermético y fría mirada.

—A todo esto, señor. Repentinamente, fui atacada en Macao por unos hombres enmascarados, con carátulas de deidades chinas, durante una fiesta popular... Intentaron matarme. Yo me defendí, luché... Creo que maté a dos de ellos. Pude huir gracias a eso, y un vehículo me trajo clandestinamente a Hong Kong.

—Una apasionante historia de espionaje. ¿Por qué se vino aquí y por qué intentó matarme? De no haber sido yo un luchador, hubiese perecido.

—Pero sabía que tenía que ser usted un luchador. Oí decir antes,

a la gente que vive en esta casa, que hay unos luchadores viviendo aquí. Claro, que los imaginé orientales...

—Como ve, no todos somos orientales —la estudió, desconfiado—. ¿De veras ignora quiénes somos nosotros, los luchadores que nos alojamos en esta casa?

—Totalmente. —Su gesto mostró una ingenuidad que parecía cierta, a menos que la chinita fuese una notable actriz—. Pero siendo luchadores, temí que formasen parte de... de ellos, del mismo grupo que me atacó en Macao.

—En tal caso, ¿por qué permaneció aquí? ¿Por qué quería entrar en la casa?

—Porque aquí está la única persona en Hong Kong que puede ayudarme. —¿Aquí? ¿En esta casa? —pestañeó Cole, perplejo—. ¿Quién?

—Jenny Goldman.

CAPÍTULO VI

PELIGRO

- Jenny Goldman... ¿Qué historia es ésa? No tiene sentido...

—Jenny es una amiga. Ella me ayudará en este trance.

—Pero... pero Jenny Goldman es la hija de un industrial del cine, una muchacha occidental, rica, desocupada... ¿Qué tiene ella que ver con una joven evadida de Macao, hija de un monje budista en China continental?

—Más de lo que supone —sonrió dulcemente la joven—. El señor Goldman filmó dos películas en China, cuando yo estaba en Cantón con mi padre, y éste aún no había sido acusado de actividades contrarrevolucionarias... Trabajé con ellos para una de sus películas. Mi padre actuó también como asesor de procedimientos de kung-fu. Hicimos una buena amistad. De eso hace sólo un año. Jenny es una gran chica. Me dijo que si alguna vez venía a Hong Kong, la visitara y me acogería como a su mejor amiga. Y que si algo necesitaba, tendría su ayuda incondicional. Al verme aquí, sin nadie a quien recurrir, recordé todo eso, pensé en ella...

—Y se metió usted clandestinamente en su casa, tratando de entrar como lo hacen los ladrones, en vez de venir directamente a la puerta, llamar y preguntar por Jenny Goldman.

—Sé que no hice bien, señor. —Ella bajó la cabeza, avergonzada, las manos sobre su regazo, jugueteando nerviosamente con el burdo tejido oscuro de su humilde indumentaria—. Pero al llegar y ver luces, gente, oír voces, percibir que hablaban de los luchadores que aquí se hallaban como invitados..., tuve miedo. Mucho miedo. Me oculté, esperando ver a

Jenny a escondidas, cuando ya nadie pudiera verme... Le juro que digo la verdad. Le juro que digo la verdad.

—Eso, vamos a saberlo en seguida —suspiró Frank Cole—. Vamos, jovencita... ¿Cuál es su nombre?

—Lo Feng, señor.

—Bien. El mío es Frank Cole, y formo parte de un grupo que tal vez usted haya oído nombrar en Macao: los Tres Dragones de Oro. —¡Los Dragones de Oro! —Lo Feng alzó su cabeza, mirando con inmenso estupor al americano. Sus ojos, repentinamente, tuvieron un nuevo brillo, entre esperanzado y jubiloso—. No, no es posible... Los Dragones de Oro... La gente dice que ustedes son luchadores al servicio de los perseguidos, de los que corren peligro, de los que no tienen ayuda de nadie...

—Es la verdad, Lo Feng.

—Entonces... ¡entonces ustedes podrían ayudarme a salvar mi vida! E incluso a probar al Gobierno chino que mi padre es inocente. Tal vez así él también salve su vida..., si es que aún la conserva...

—No sé aún lo que haré por ti, Lo Feng —habló seriamente Cole —. Ni siquiera sé si puedo confiar plenamente en ti. Sólo hay un medio previo de averiguar eso, antes de hablar de otras cosas. —¿Cuál?

—Ir a ver a Jenny Goldman. Y eso es lo que vamos a hacer ahora mismo. En marcha, jovencita. Despertaremos a tu amiga y saldremos pronto de dudas...

***

Kiang Ho recibió la respuesta a su mensaje apenas tuvo seguridad de que Lo Feng había sido la probable ejecutora de dos budokas hallados muertos en un callejón de Macao. Unos transeúntes la habían visto escapar del ataque de los enmascarados, tras abatir a dos de ellos, y dieron su descripción a la policía.

Kiang Ho, como hábil agente del Gobierno chino en Macao, tenía buenas relaciones con la policía local, y averiguó no sólo eso, sino la identidad de los dos luchadores muertos.

Informó a Pekín de lo sucedido, y esperó instrucciones.

Estas habían llegado poco después de enviar el informe, con carácter de máxima urgencia, en un mensaje cifrado.

El mensaje era escueto y autoritario, como acostumbraban a

serlo los del capitán Yang Li, de Seguridad Interior de la República Popular China:

«Localice a Lo Feng lo antes posible. Tal vez evadida a Hong Kong. Tiene amistad con una joven inglesa residente en esa ciudad, de nombre Jenny Goldman, hija de un industrial cinematográfico. Los budokas muertos en Macao no eran agresivos. Su código de honor les impedía atacar a nadie previamente. Sólo hubiesen actuado en legítima defensa. Averigüe qué pudo suceder para que obrasen así. Hay en China un precedente parecido en la persona de un luchador que atacó a un oficial de Inteligencia y fue muerto en la lucha. Algo extraño está sucediendo. Queremos rápidos resultados.»

El capitán Yang Li siempre quería rápidos resultados. Kiang Ho, el joven agente chino, estaba habituado a tales órdenes. Por ello, sólo unas horas después de recibido el mensaje, estaba en Hong Kong. Y había localizado, además, la residencia de Alexander F.

Goldman y su hija Jenny, en el mejor barrio residencial de la ciudad.

También localizó en ese momento a tres personas procedentes de San Francisco de California, que residían bajo el mismo techo que los Goldman.

Eran los Tres Dragones de Oro.

Kiang Ho había oído hablar de ellos. Sabía quiénes eran. Por ello envió otro mensaje cifrado a Pekín, en espera de instrucciones al respecto. El capitán Yang Li no debía de contar en absoluto con la intervención de los Dragones de Oro en aquel caso.

Sólo unas horas después, Yang Li pasó a conocer nuevos hechos que le obligaron, en un acto posiblemente imprudente, dadas las circunstancias, a enviar un nuevo mensaje a su jefe en Pekín.

Ese mensaje refería lo sucedido aquella mañana en el aeropuerto de Hong Kong, cuando un famoso luchador de desmesuradas dimensiones, el japonés Kempo, popularizado por el cine eastern, había atacado salvajemente a los Dragones de Oro, y ahora se debatía entre la vida y la muerte, víctima de una herida de bala producida por un policía de la ciudad.

Otra vez un budoka de irreprochable historial, se convertía en un peligroso criminal. El capitán Yang Li seguramente se preocuparía mucho más de lo que estaba al conocer esa noticia,

pensó Kiang Ho, mientras no abandonaba la vigilancia de la casa de los Goldman, a través de unos poderosos prismáticos, instalado en un punto estratégico de la zona.

De ese modo, descubrió, pese a ser de noche, la lucha en el jardín y la captura de un intruso por parte del alto y rubio atleta norteamericano que él había identificado ya como Frank Cole, uno de los Dragones de Oro.

En ese mismo instante, el agente chino de Macao estuvo seguro de que la persona capturada en el jardín de los Goldman, no podía ser otra que la propia Lo Feng.

Y siguió esperando las instrucciones que esperaba recibir por su pequeño emisorreceptor de radio, desde el puesto de escucha y transmisión de la región cantonesa.

***

Papá Blanchard tenía aspecto de bon vivant. También de bohemio empedernido y de vividor poco escrupuloso.

Además de tener ese aspecto, era todo ello y mucho más. Papá Blanchard era, en cierto modo, toda una institución en los bajos fondos de Hong Kong.

Traficante, contrabandista, granuja de siete suelas, mujeriego, borrachín, pero dotado de una cierta gracia para aparentar ser todavía un caballero, o lo más parecido posible a tal condición. Vestía siempre de blanco, impecablemente, como blanco era su lanudo cabello; tenía una tez bronceada por el sol y el mar, especialmente de sus tiempos de traficante de drogas en alta mar, y se decía que todo el hampa de la ciudad obedecía sus órdenes.

Esto era un poco exagerado, pero lo cierto es que más de un tercio de los bajos fondos de Hong Kong eran controlados por él, que tenía más de un centenar de amigos, confidentes y compinches, siempre dispuestos a trabajar para Papá Blanchard, a cambio de un dinero que él jamás les regateaba y que siempre pagó escrupulosamente.

Tenía fama de sinvergüenza y de nada escrupuloso. Pero también de buen pagador y de honesto como patrón o intermediario en cualquier negocio, por sucio que fuese.

Ahora llevaba un tiempo un poco difícil, a causa del descubrimiento, por los guardacostas, de unos alijos de alto valor, que fueron incautados, tras desorganizar al grupo que movía el

asunto. Papá Blanchard, que recibía de aquélla gente sus buenos dividendos, y que había invertido algún dinero en el negocio, encandilado por sus fáciles beneficios, pasaba ahora una mala época.

Quizá por eso aceptó un asunto lo bastante feo como para no gustarle ni siquiera a él.

El encargo llegó a través de uno de los muchos intermediarios que se movían entre Papá Blanchard y los que no querían salir de su anonimato, bien arropado por cierto en diez billetes de veinte dólares, que constituían para el viejo granuja el más convincente de los estímulos. —¿De qué se trata? —quiso saber apenas recibió el dinero, mirando fijamente al intermediario que venía a ofrecerle el negocio.

—De algo sencillo y limpio: un secuestro. —¿Le llamas limpio a eso? —refunfuñó Papá Blanchard, malhumorado—. Nunca me gustaron los secuestros.

—Está bien, pues no se hable más del asunto —el otro tomó el fajo de billetes—. Iré a otro, y asunto arreglado. Está Black Tom, que aceptará encantado. O Chino Vargas... —¡Espera, maldito seas! —le detuvo Papá Blanchard con ira, aferrándole por la chaqueta—, ¿A quién hay que secuestrar?

—A una chica —dijo sonriente su visitante—. Una china. —¿China? No serán negocios políticos, porque eso sí que no me gusta nada, teniendo ahí mismo a los tipos de Mao...

—No se trata de nada político —le calmó el otro—. Es sólo eso: raptar a una muchacha de raza china. Ahora está en Hong Kong. —¿En qué lugar de Hong Kong?

—Eso es asunto tuyo. Mi cliente no sabe dónde puede hallarse, pero le urge dar con ella y quitarla de la circulación, pero sin violencias ni sangre. Sin muertes, vamos. —¿Y eso por qué? ¿Por altruismo, o porque la chica sabe algo que él necesita saber también? —apuntó astutamente Papá Blanchard, que podía hacer cualquier cosa en este mundo, menos chuparse el dedo.

—Preguntas demasiado. ¿Quieres el asunto o no? Ya te di je que hay más de uno y más de diez dispuestos a hacerse cargo de él.

—Está bien, sabandija. Deja ese dinero aquí. Buscaré a la chica. Pero necesito sus datos, su descripción... No me vendrás a decir tú como esos imbéciles que aseguran que todos los chinos son iguales.

Los que llevamos años viviendo aquí, sabemos que eso no es cierto.

—No te preocupes. Se llama Lo Feng. Hay una fotografía de ella. Eso te facilitará las cosas. —El tipo metió la mano en su chaqueta de hilo, y extrajo una brillante cartulina que tendió al bribón—. Es ésa, la que está junto a la chica rubia… Parece que esa fotografía se hizo en Cantón, durante el rodaje de una película, o algo así. ¿No ves las cámaras y los focos?

—No soy tonto, amigo —los ojos de Blanchard brillaron, al reconocer a la rubia muchacha que estaba con la chinita en aquella fotografía—. Está bien, deja esto aquí, tal vez nos ayude en algo. ¿Tu cliente tiene prisa?

—Toda la prisa del mundo. Si está la chica en la jaula, antes de veinticuatro horas, habrá para ti otra serie de billetes de veinte. Cinco esta vez.

—No está mal —se frotó la barbilla Papá Blanchard, con aire reflexivo—. Trae esos mil dentro de veinticuatro horas. La chica estará en mi poder. —¿Seguro?

—Palabra, amigo. Y yo acostumbro siempre a cumplirla.

—Muy seguro estás…

—Eso es asunto mío. Lárgate ahora. Tengo trabajo que hacer.

El intermediario se marchó. Esa noche, Papá Blanchard estuvo comprobando en un montón de periódicos atrasados que su identificación de la muchacha rubia de la fotografía no era errónea.

Encontró la noticia y la fotografía de la misma muchacha en los ecos sociales de la ciudad. La columna se titulaba: «Fiesta en la residencia Goldman para celebrar la puesta de largo de su sobrina Jenny.»

Papá Blanchard rió entre dientes. Tal vez su mala racha empezase a terminar, por fin, se dijo, tomando su sombrero blanco y saliendo de su madriguera, para iniciar los contactos con su gente.

Pronto la tela de araña del granuja fue extendiéndose por toda la ciudad. Lo Feng caería en ella, sin duda alguna. Y antes de veinticuatro horas.

De eso, estaba bien convencido Papá Blanchard, y quizá hubiese seguido estándolo, aun sabiendo que en ese momento, un mensaje en clave llegaba hasta un joven chino, en una frecuencia y longitud de onda especiales, dando órdenes escuetas sobre la misma persona:

«Evite problemas con los Dragones de Oro. Capture

inmediatamente a la muchacha, sea como fuere. El asunto es mucho más grave de lo imaginado. Y ella tiene la clave.»

Eran dos fuerzas en lucha sorda por un mismo objetivo. Papá Blanchard por un lado; el poderío del Servicio de Inteligencia de la República china, por el otro.

Lo Feng, en medio, difícilmente podía escapar a uno u otro enemigo.

***

—Todo es cierto, Frank. Ella dice la verdad.

Cole respiró con fuerza. Miró pensativo a las dos mujeres. Lo Feng sonrió dulcemente, oprimiendo las manos de Jenny Goldman con ternura.

La escena resultaba insólita. El dormitorio de Jenny, esta sentada en el lecho, envuelta en una bata liviana, que dibujaba nítida y claramente sus pechos desnudos, y ante ella la joven china y el budoka norteamericano, como dos intrusos en plena noche.

El resto de la casa dormía. Jenny Goldman aún parecía sobresaltada y emocionada por la inesperada aparición sigilosa de Cole junto a su lecho, cuando tapó su boca para que no gritase, y murmuró a su oído:

—Silencio, Jenny, por favor... Es importante que escuches sin escandalizar. Muy importante.

Al principio, había pensado en lo mejor. Imaginó que, finalmente, el hombre se había rendido a sus encantos, que sus sentidos se habían visto turbados por el recuerdo del contacto con su cuerpo estremecido de deseos, y que la visita nocturna de Frank a su alcoba, significaba la consumación de sus apetitos.

Luego, su estremecimiento de gozo, de placer sensual, se había roto bruscamente al ver aparecer junto al intruso a la figurita oriental, al rostro de porcelana de Lo Feng, la muchacha de Cantón.

A la decepción había seguido la incredulidad. A ésta, una avasalladora curiosidad, un afán de saber qué sucedía en aquella casa para que cosas tan extrañas sucedieran.

Ahora, todo estaba aclarado. Lo Feng había hecho su relato. Jenny había escuchado. Y finalmente, había dicho lo que Cole esperaba, tras ver a ambas muchachas besarse y oprimir sus manos tiernamente.

Ambas eran amigas. La historia de Lo Feng, al menos en ese

punto, era cierta.

—Lo celebro —dijo Frank, con calma—. No me hubiera gustado entregarte a la policía.

Pero creo que ahora es tu amiga Jenny quien debe decidir.

—Por supuesto que no se la denunciará a nadie —afirmó Jenny, enérgica, saltando del lecho sin preocuparle la desnudez de sus muslos, la transparencia de su bata, que revelaba sin pudor los más íntimos rincones de su cuerpo virginal y desnudo. Ella parecía pasearse así intencionadamente, exhibir sus atractivos de hembra ante la mirada fría de los grises ojos de Cole, acaso buscando encender las fibras más sensibles de su ser, provocar en él la tentación y el deseo.

Si era así, de nuevo se frustró su intención. Frank Cole era una inmutable estatua humana, aunque quizá todo era cuestión de autodominio y control de sí mismo.

—No se la denunciará —declaró Jenny de nuevo—. Lo Feng es mi amiga. Y está en apuros. Serios apuros, al parecer. Sin embargo, yo diría que no nos has contado todo, querida.

Los almendrados ojos de la oriental se mantuvieron sin pestañear. El rostro, hermoso y delicado, pareció más que nunca una superficie de fina porcelana, tal era su inexpresividad y quietud.

—No, Jenny —musitó—. No oculto nada. Te aseguro que no sé por qué me persiguen, quiénes son los que me atacaron..., ni comprendo cómo no recibí últimamente noticias de mi padre. El comunicaba conmigo a veces, a través de personas de Macao que viajaban a Cantón. Ultimamente, nada he sabido de él. Tengo miedo...

—Opino como Jenny —dijo Frank, lentamente—. Falta algo en tu historia, Lo Feng. Tal vez no sepas más, como tú dices, pero en ese caso, ¿por qué peligras, por qué te intentaron matar?

—Si pudiera saberlo... Ha de ser algo relacionado con mi padre —miró angustiadamente a los dos—. Sólo que no sé, no puedo adivinar... —¿Estás segura de que tu venerable padre no se ha metido en asuntos políticos? —indagó Jenny, paseando pensativa por la estancia, al trasluz su cuerpo sinuoso, de marcadas curvas.

—Muy segura, sí —afirmó ella, enfáticamente—. Papá ama la paz, desea lo mejor para todo el mundo... El buscaba cómo probar

la culpabilidad de Wiao-Kong, el indigno sacerdote metido a agitador. Pero no era fácil. Wiao-Kong tenía amigos, gente interesada en provocar revueltas en China, sacar beneficios de la confusión... —¿Dónde estaba tu padre exactamente la última vez que supiste de él?

—No lejos de su vieja pagoda, en Cantón —explicó!a muchacha —. Iba allí con frecuencia. Ama aquellos lugares. Acostumbraba a cultivar allí la tierra, más allá de las extensiones de bambú... Ahora había tenido que abandonar esas tierras, por miedo a ser capturado o muerto por los soldados.

—Sigue faltando algo —insistió Cole, ceñudo—. Entre esa historia de tu padre y la tuya propia, huyendo de Macao hacia Hong Kong, hay algo, una pieza que no veo clara, pero que deja un hueco en el rompecabezas, Lo Feng. Quisiera que fueses enteramente sincera con nosotros... o no podremos ayudarte. —¿Ayudarme? —ella se volvió esperanzada hacia el americano—, ¿Ustedes, los Dragones de Oro, estarían dispuestos a ayudar a la humilde y pobre Lo Feng?

—Quizá si vemos razón para hacerlo y podemos ver claro en el asunto.

—Tiene mi palabra de que mis intenciones son limpias, de que no hay culpa alguna en mí ni en mi padre. Estoy asustada, temo por él, por mí... Necesito esa ayuda. Juro que no se arrepentirán si me la prestan, señor Cole...

—No soy yo solo, Lo Feng. Consultaré mañana con mis camaradas. Te diré nuestra decisión definitiva. ¿Qué podemos hacer con ella entre tanto, Jenny?

La sobrina de Goldman tomó una mano de la chinita entre las suyas, y le dirigió una sonrisa animosa a su amiga.

—No temas nada. Vas a quedarte esta noche aquí, conmigo —ofreció—. Mañana, mi padre sabrá de tu presencia aquí. Para entonces, Frank y sus amigos ya habrán decidido lo que sea, y conforme a ello, obraremos todos. Ahora, descansa. Duerme, querida. Es lo mejor para todos. Ven, la cama es lo suficientemente ancha para dormir las dos cómodamente, sin que nadie en la casa se entere aún de nada.

—Bien. Buenas noches, entonces. —Cole se dirigió a la salida de la alcoba—. Felices sueños a ambas.

—Gracias, señor Cole. —Los almendrados ojillos le miraron dulcemente, con gratitud—. No sé cómo expresarle mi agradecimiento por todo.

—Es a ella a quien se lo debes, Lo Feng —señaló a Jenny—. Sólo a ella.

—No —negó dulcemente la chinita, yendo hasta la puerta con rápido paso silencioso y besando impulsivamente a Frank en los labios—. Es a los dos, señor Cole.

Frank sonrió, tocándose los labios donde Lo Feng le besara. Había sido un dulce y agradable contacto. Descubrió la mirada de Jenny, fríamente clavada en él.

—Pareces un imán para las mujeres, Frank Cole —dijo, incisiva —. Todas van a tus labios. Buenas noches, caballero andante.

Cerró la puerta con suavidad no exenta de cierta ira. Cole regresó a su habitación, procurando con su sigilo que la casa siguiera dormida, sin conocer sus demás moradores lo que había sucedido en las últimas horas.

Al otro día, apenas se hubo incorporado del lecho, Frank llamó a las puertas de sus vecinos de alcoba, Kwan Shang y Lena Tiger, para exponerles cuanto sucediera la noche anterior.

La discusión fue breve. La decisión unánime, como acostumbraba a suceder entre ellos tres.

—Muy bien, amigos —dijo Cole, al término del corto conciliábulo— Está decidido. Si la chica se decide a contarnos la parte que falta de su historia, y que es evidente que nos oculta a todos con mucha habilidad, no sé aún por qué motivos, aceptaremos ser sus defensores contra el peligro que la acecha.

—Sí. Frank —asintió Lena—. Creo que es lo más justo, lo más humano..., pero también lo más prudente. No podemos meternos a ciegas en un asunto que desconocemos. Y es obvio que esa jovencita, por astuta que sea, no ha logrado engañarte. Ella sabe algo más.

Algo que es, quizá, el motivo para que la persigan.

—Algo que tal vez también conoce su padre, y es lo que le hace peligrar también, aparte sus problemas políticos con el régimen chino —apuntó Kwan Shang—. Es la parle clave del caso, creo yo.

—Sí, así lo pienso. Vamos a ver a esas dos jovencitas y...

En ese momento, un golpeteo frenético de nudillos en la puerta,

les hizo volverse con sobresalto hacia ella. Antes de que Frank diese autorización para entrar, ya la puerta se había abierto, y Alexander F. Goldman, seguido por el tímido y miope Clark Harrison y el impetuoso y atlético Doug Kildare, penetraba en la habitación, con el rostro muy pálido y la expresión demudada. —¡Frank, por el amor de Dios! —rugió el cineasta—. ¡Han raptado a Jenny!

Cole se quedó rígido. Cambió una rápida mirada con sus amigos, y en sus ojos apareció una expresión que le hizo comprender que pensaban una misma cosa. —¿Jenny? —murmuró, con voz quebrada—. ¿Sólo a ella, Goldman? —¿A quién si no, Frank, por todos los diablos? —clamó Goldman—. ¡La habitación de mi sobrina esta vacía—, desordenada, huele a algo dulzón y embriagador... y alguien ha dejado esta nota sobre el lecho!

Cole tomó el papel que le tendía su ex productor con mano temblorosa. Leyó las palabras en mayúsculas, desiguales y aparentemente torpes, quiza para disfrazarla letra:

«No se asuste. Su sobrina está segura. No peligra, en tanto no denuncien ustedes su desaparición. Tendrán noticias nuestras en breve. De usted depende que todo siga igual.»

No había firma. Ni hacía falta. Tal clase de notas nunca se firman. Cole murmuró entre dientes, agitando el papel entre sus dedos:

—Jenny... Pero ¿y la otra muchacha? ¿Dónde estará Lo Feng?

Por supuesto, el industrial cinematográfico y sus acompañantes, le miraron con gesto de aturdimiento, sin comprender una sola palabra.

CAPÍTULO VII

JUEGOS DE MUERTE

- Gas narcótico, sin duda…

Asintió Frank al comentario de Kwan Shang. Lena Tiger examinaba las revueltas ropas del lecho, como buscando algo. Junto a ellos, Alexander F. Goldman no parecía ya el de la noche antes. Su jovialidad, su energía y decisión, parecían haberse resquebrajado como el muro de una vieja casa, repentinamente sacudida por un huracán.

—Sí, debieron dispersar un gas narcótico especial —dijo Cole—. Los raptores quizá usaban máscaras antigás. No hubo posibilidad de lucha. Jenny no hubiese podido resistirse a unos agresores, pero la muchacha china, sí. Es una formidable budoka.

Domina muy bien las técnicas del kung-fu. Lo sé por experiencia…

—Pero… pero esto no tiene sentido —gimió Goldman, enjugándose el sudor de su demudado rostro—. ¿Qué hacía aquí esta muchacha? Lo Feng… Recuerdo que Jenny la conoció en Cantón, durante el rodaje de Vengadores del Kung-fu. Esa chica actuó de figurante, es cierto. Incluso peleaba en una escena. Y hasta logramos sacar a su padre de las plantaciones de bambú y llevarle allí, a rodar unas escenas… Pero esa muchacha aquí, en Hong Kong, ¡en mi casa, en plena noche! ¿Qué ocurrió realmente, Frank? Voy a volverme loco.

Cole se lo refirió brevemente. El asombro asomó al rostro del productor.

—Persecuciones, asesinos, rebeldes, evasiones… ¡Cielos! Esto es peor que mis películas. Pero nadie tenía nada contra Jenny. Mi

sobrina no tiene nada que ver en todo ese maldito embrollo, para que se la lleven también a ella...

—Quienes llevaron a cabo el doble secuestro, evidentemente cumplían órdenes. Ellos no iban a llevarse solamente a la muchacha china, dejando a Jenny ahí. Pensaron, tal vez, que era mejor raptar a ambos para no correr ningún riesgo.

—Frank, usted y mi sobrina debían de estar locos para hacer así las cosas. Debieron llamarme anoche, explicarme lo que sucedía...

—Fue decisión de su propia sobrina Goldman. Yo no podía oponerme a sus deseos.

Tampoco pensé que el peligro fuese tan inmediato. Evidentemente, alguien más supo que Lo Feng estaba aquí, oculta...

—O la propia Lo Feng, de algún modo, está mezclada con delincuentes y planeó ese truco para llegar hasta Jenny y secuestrarla —apuntó, de repente, Goldman, con ojos excitados—. Ahora podrán pedir un elevado rescate y saben que lo lo pagaré sin vacilar...

Pagaré lo que sea, todo cuanto tengo en el mundo, a cambio de mi sobrina.

—No deja de ser una teoría interesante —opinó Cole, pensativo —. Lo Feng, culpable en vez de víctima... Sí, ¿por qué no? Si esto fuese un vulgar asunto delictivo, posiblemente fuese así, pero hay cosas que me intrigan, cosas que no corresponden a un caso corriente de rapto y rescate, Goldman. —¿Qué cosas? —se interesó débilmente el millonario.

—La propia historia de Lo Feng, su misteriosa forma de llegar hasta aquí, su gesto de terror... Había algo en ella que era sincero, tremendamente sincero. Y algo que nos ocultaba a todos, algo que la asustaba quizá más que todo lo restante. Ella aseguró que los enmascarados que intentaron asesinarla en Macao a golpes, eran luchadores, auténticos budokas expertos en su modo de luchar. —¿Y qué, Frank?

—Eso podría llevarnos a Kempo. —¡Kempo? ¿Qué tiene que ver ese gigante en todo esto? —se quejó Goldman, desabrido.

—Tal vez más de lo que suponemos. Lo Feng vino a Hong Kong huyendo de unos budokas asesinos, cuando todos sabemos que los que practicamos Artes Marciales no podemos, en modo alguno, ser vulgares criminales. Una cosa es lo que aprenden tácticas nuestras

con el propósito de beneficiarse de ellas para fines ilícitos, y otra auténtica budokas en todo el sentido de la palabra..., como Kempo. Y quizá como esos hombres misteriosos de Macao. ¿Por qué Lo Feng viene a esta ciudad y aquí aparece también un budoka con instintos criminales, un hombre tan demoledor como Kempo, y precisamente un bonachón inofensivo durante toda su v ida?

—No sé, no tengo ahora la mente para pensar en otra cosa que no sea Jenny.

Perdóname, Frank, pero me siento en esto terriblemente egoísta.

—Le comprendo, Goldman —asintió Frank, calmosamente—. Le comprendo muy bien, sí... Pero nosotros hemos de ser más desapasionados. ¿Has hallado algo en esa cama, Lena?

—Sí. Manchas de un gas licuado que despide ese mismo olor dulzón y mareante —afirmó ella—. Debieron arrojar la cápsula en el lecho. Hay huella de dos cuerpos, sin señal alguna de que llegaran siquiera a moverse, a salir de ahí violentamente...

—De modo que durmieron a ambas y las sacaron de la capia, llevándoselas consigo por ese balcón —señaló Frank las vidrieras abiertas sobre otro punto del jardín, al que no daba su propia habitación—, Sí, las cosas están claras. Vamos abajo, por si podemos seguir alguna pista, por insignificante que sea. —¡Un momento, Frank! —le llamó Lena—. Mira, aquí hay algo que brilla entre las sábanas...

Alzó algo entre sus dedos. Era redondo y circular. El sol se reflejó en la pieza de metal, haciendo resaltar el grabado de un ancla.

—Vaya... —Cole tomó la pieza circular, examinándola críticamente—. Un botón de marinero. Debía estar flojo, y se le desprendió al engancharse con las ropas mientras cargaban con las mujeres... —¿Qué aclara eso? —se quejó amargamente Goldman—. Hay cientos de marineros en Hong Kong. De todas las razas, países y colores. Un botón de guerrera, nada significa.

—Tal vez sí signifique algo —asintió Cole—. El hombre que lleva flojo un botón, es seguramente muy descuidado con sus prendas de vestir. No creo que se percate ni que se cosa otro botón sobre la hilacha. De modo que bastaría hallar a un marino con un botón ausente, para encontrar a uno de los raptores.

—Es como buscar una aguja en un pajar, Frank —dijo Kwan,

sacudiendo la cabeza—. ¿Dónde podrías encontrar a ese marinero?

—En los muelles, naturalmente —comentó Frank—. Que es como dejar en los bajos fondos. Hay muchos marineros, pero pocos que lleven guerrera con el clima de Hong Kong, y menos en esta época del año. Eso limita bastante las cosas. Hay algunos tipos de esos barrios a los que conozco, y que otras veces nos ayudaron, Kwan. Recurriremos a ellos esta misma noche...

Salieron de la habitación. Abajo, fumando nerviosamente en el living, se hallaban aún el rubio Doug Kildare, con el gesto ensombrecido, y Clark Harrison, más introvertido que nunca, inquieto y dando paseos excitados. Ambos se volvieron al verles bajar. —¿Qué, Cole? —quiso saber ávidamente Kildare, yendo a su encuentro—, ¿Alguna novedad?

—Ninguna —negó Cole—. Tendremos que esperar a que los raptores comuniquen algo. —¡Pero es preciso avisar a la policía! —clamó Kildare, airado.

—No, no es prudente. Si lo hacemos, pueden averiguarlo y matar a Jenny. Es mejor esperar un poco. Eso no empeorará las cosas, y tranquilizará a los raptores.

—Creo que Cole tiene razón —apuntó tímidamente Harrison—. Hay que evitar que le ocurra nada malo a Jenny... ¡Dios mío, qué horrible desgracia! ¿Puedo hacer algo por ayudarles?

—No, gracias. Nadie puede hacer nada ahora.

Harrison estaba muy pálido e impresionado. Pestañeaba con frecuencia, y sus manos temblaban constantemente. Era obvio que la suerte de su prometida le preocupaba de modo intenso. Pero no revelaba nada más. No gritaba ni gesticulaba, no exigía acción inmediata. Simplemente, sufría. Cole estaba seguro de eso.

Salieron al jardín los tres amigos, dejando a Goldman con su delegado en Pekín y con el pretendiente de su Jenny. Era como si salieran a pasear un poco bajo el sol matinal. Pero lo que hicieron fue dispersarse, buscando indicios, huellas, por leves que fueran, en el césped y en la gravilla de los senderos.

Lena Tiger tomó una dirección. Frank otra, y Kwan una tercera, para reunirse luego en la alameda próxima a la casa, donde cambiarían impresiones sobre las posibles huellas localizadas. Si es que las había.

Frank Cole siguió un leve rastro de ropas pisoteadas y de césped

aplastado, hasta salvar un punto de la cerca de piedra, frente a un bosquecillo de la colina. Allí se quedó reflexionando, la mirada fija en la distancia, tratando de imaginar adónde se habría dirigido el coche que, sin duda, esperaba a los raptores en el exterior, para conducirles a su madriguera.

—Sí, señor Cole —dijo la fría voz a su espalda, súbitamente—. Por ahí se fueron con sus víctimas. Lo lamento, pero no pude hacer nada por evitarlo. Esto puede costarme caro...

Me pillaron totalmente desprevenido. Fue tarde cuando reaccioné.

Cole se volvió. Para su sorpresa, del bosquecillo cercano había surgido un hombre, un joven oriental de facciones correctas y suaves, vestido con camisa estampada y pantalón' claro.

No llevaba arma alguna visible, pero Cole notó el bulto de una pistola en su pantalón.

Colgaba de su hombro lo que parecían ser unos prismáticos. Y una radio transistorizada, al menos en apariencia, iba en otra funda, sujeta por una correa en su mano derecha. —¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó Frank, con voz tensa.

—Permita que me presente: Kiang Ho, de nacionalidad china. Trabajo para la Seguridad Interior de mi país. No le extrañe que no le amenace con arma alguna. Sé quién es usted y sé, por lo tanto, que me desarmaría fácilmente, antes de que pudiese usarla... —¡Diablo, usted me desconcierta! —jadeó Cole, perplejo—. ¿Qué es lo que pretende, dándose a conocer a mí? Supongo que usted también busca apoderarse de Lo Feng.

—Supone bien —sonrió el joven chino—. Pero yo soy un agente secreto, no un delincuente. Y sólo me interesa esa joven china, a la que tengo orden de no causar daño alguno bajo ningún pretexto. Por otro lado, Jenny Goldman no me interesa en absoluto.

Por tanto, ¿por qué no trabajamos juntos ustedes y yo en este endiablado asunto?

Frank Cole estudió a su interlocutor con fijeza. Terminó por asentir:

—Me parece que, tal como están las cosas, Kiang Ho, no es una mala idea —confesó.

***

Papá Blanchard contempló, una vez más, las dos figuras

femeninas, bien ligadas y amordazadas, en la trastienda de aquel desvencijado almacén de una callejuela sórdida del viejo Hong Kong.

—Bueno… —se acarició la barbilla, con una sonrisa cínica, brillantes sus ojos de complacencia—. No puede negarse que ha sido un buen golpe. Y doble… Tendré los mil dólares de ese intermediario… y bastante más por iá preciosa chica rubia. Nada menos que la sobrina de un pez gordo del cine. Al menos serán cincuenta o cien mil dólares; quién sabe si más todavía… A tu tío le gustará verte volver con vida, preciosa. Y eso sólo está en mis manos lograrlo.

Sonrió maliciosamente, mientras las dos muchachas le miraban aterrorizadas, en su forzado silencio e inmovilidad sobre aquel montón de sucias mantas que les servía de lecho. La desgarrada tela de la negligée de Jenny, permitía asomar su bien torneado muslo por un lado, y uno de sus hermosos pechos por otro… Pero a Papá Blanchard no le enternecía un cuerpo femenino, por apetitoso que fuese. Sabía que con lo que obtuviera del rescate de aquella joven, tendría todas las gordas, exuberante matronas de grandes curvas que a él le chiflaban. Incluso tendría un yate para poder huir definitivamente del sucio pozo de Hong Kong…

Eran esos sus proyectos, tras el afortunado incidente provocado por sus enviados, al raptar equivocadamente a dos mujeres, en vez de una sola. Primero le pareció una contrariedad. Luego, se le ocurrió la idea del rescate, y eso animó sus ideas considerablemente.

—Iremos preparando esa nota de rescate —siguió diciendo con tono satisfecho, paseando ante sus dos cautivas—. Tu suerte me importa poco una vez te tengan los que se interesaron tanto por ti, chinita. Pero la tuya, muchacha, es muy importante para mí y para mi futuro, no te quepa duda. Gracias a ti, Papá Blanchard va a ser un hombre rico, con una vida esplendorosa por delante. ¡Diablo! ¿Quién sería el tonto que dejase escapar semejante ocasión?

Y riendo de buena gana, se frotó las manos, encaminándose a una mesa, en la que se acomodó, comenzando a escribir una nota con mano rápida.

Jenny Goldman cambió una mirada de incertidumbre con Lo Feng. Ninguna de ellas podía pronunciar palabra, sometidas a sus

mordazas, que oprimían con fuerza sus brazos, pero los ojos de ambas establecieron un mudo diálogo que ellas entendían, y que hablaba de sus temores, de sus inquietudes y dudas sobre el inmediato futuro. Ambas parecían verlo bastante sombrío, y no les faltaban razones para ello, dada su actual situación. Y, sobre todo, las palabras nada alentadoras de aquel tipo, Papá Blanchard, en cuyas manos estaban ahora.

Jenny, al menos, parecía tener la vaga esperanza de ser rescatada, a cambio de una importante suma de dinero. Pero Lo Feng no veía tan claro su porvenir. Ella no tenía dinero, ni parientes ricos. Tampoco esperaba que pidieran a nadie rescate por su libertad.

No era esa clase de secuestros, bien lo sabía.

Lo que empezó a Macao con el ataque de los budokas enmascarados, había tenido ahora este triste fina!. Sabía cuándo la muerte estaba cerca. Y ahora creía sentir su frío sutil, a muy corta distancia de su piel.

Allá en su mesa, tras la cortina de rafia que le separaba de la trastienda, el pillo de los bajos fondos de Hong Kong terminaba de escribir su nota de rescate, y era una labor en la que estaba ensimismado, puesto que de ella dependía su futura fortuna y su liberación de la telaraña que era la vida en aquella ciudad de vicio y de delitos.

Tanto la absorbía los sentidos esa tarea, que ni siquiera advirtió la presencia de sus visitantes, hasta que fue demasiado tarde.

Lo primero que captó fue el roce de unos pies sobre el suelo, sucio de polvo. Levantó la cabeza, con sobresalto, soltando su pluma. —¿Quién diablos...? —indagó, airado.

Enmudeció súbitamente, presa de una repentina aprensión. Su rostro se puso tenso, entornó los ojos y estudió a los recién llegados con la mayor cautela y desconfianza.

Eran cuatro los visitantes. Cuatro hombres enmascarados.

Extrañamente enmascarados, por cierto. Carátulas de vivo colorido, con los rostros de divinidades chinas, cubrían las facciones auténticas de aquellos hombres. Los cuerpos parecían musculosos y fuertes. Se movían con elasticidad y sigilo. No producían apenas ruido. La respiración sibilante, llegaba por la rendija de sus máscaras. —¿Qué significa esto? —farfulló, con una mezcla de ira e

inquietud—. ¿Quiénes son ustedes y qué demonios hacen aquí con esas caretas?

No le respondieron. Le miraban fijamente, con ojos centelleantes, desde detrás de las máscaras. Pero no hablaban, no pronunciaban palabra alguna.

Finalmente, Papá Blanchard se exasperó y, creciendo su inquietud por momentos, hizo un movimiento rápido, extrayendo del cajón de su mesa un negro revólver de chato cañón, que dirigió veloz hacia los extraños visitantes.

Nunca llegó a utilizarlo.

La rapidez de su gesto no fue nada, comparada con la acción de aquellos misteriosos individuos. Porque uno de éstos, con celeridad pasmosa, saltó sobre el pillo, descargándole un brutal impacto con su mano rígida, en forma de sable o shuto, sobre el brazo armado.

Aulló dolorosamente Papá Blanchard cuando sintió en su antebrazo el doloroso hachazo de la mano de acero de su agresor, los dedos se abrieron y el arma cayó al suelo.

Un rápido puntapié de otro de los visitantes alejó definitivamente el revólver de su alcance, y el personajillo del hampa de Hong Kong, se encontró inerme, rodeado por su cuatro visitantes enmascarados, vigilado por cuatro pares de ojos hostiles y crueles. —¡Malditos, respondan de una vez por todas, y que el infierno os trague! —rugió Papá Blanchard—. ¿Qué queréis de mí?

No le respondieron. Sencillamente, uno de los enmascarados levantó su brazo derecho con una rapidez increíble. El granuja ni siquiera tuvo tiempo de protegerse de aquel golpe, aunque también hubiera resultado inútil.

Era un golpe mortal.

La mano del agresor había ido directamente a su nariz, en la base, sobre el labio superior. Golpeó allí de plano. Crujieron los huesos, estalló en sangre su boca y nariz.

Pero tras el impacto de muerte en su Jinsu, uno de los puntos vitales o atemi, otro de los enmascarados ya le había lanzado otro golpe brutal, con su puño en forma de TsuschiKen o martillo, y el metacarpo, en su borde libre del meñique, descargó su bestial mazazo en la sien, mientras un tercero elegía la nuez de Adán, soltándole allí un salvaje martillazo en Ura-Utchi-Ken, o puño al revés.

Cada golpe era, por sí solo, la muerte. El ensañamiento, con aquellos impactos en Jinsu, Kasumi o sien, y Hichu o garganta, significaba, solamente, una innecesaria crueldad, un salvajismo exacerbado en aquellos atacantes que, evidentemente, por su modo preciso y tremendo de golpear, eran expertos budokas.

Sólo que un budoka no puede ser jamás un asesino a sangre fría.

Y aquéllos lo eran.

Papá Blanchard, ante el horror de las dos jóvenes cautivas, forzosas testigos de la brutal paliza asesina, cayó de bruces, como un pelele, rota su vida por tres puntos, muriendo sin haber entendido siquiera qué sucedía. Y, desde luego, sin haber llegado a rozar siquiera aquella fácil fortuna que ya veía a su alcance.

Luego, los cuatro enmascarados asesinos se volvieron lentamente, miraron hacia donde ellas se hallaban, y echaron a andar lentamente en dirección a las muchachas.

Un escalofrío sacudió a ambas cautivas. Inmediatamente supieron que no sólo iba a ser víctima de la glacial ferocidad de aquellos verdugos implacables el infortunado individuo que las hiciera secuestrar, sino que ahora... ellas mismas peligraban.

Estuvieron seguras de, que los enmascarados iban a ejecutarlas con igual ausencia de piedad.

Y por si alguna, duda les quedaba, apenas asomaron los asesinos en la puerta de la trastienda, uno de ellos farfulló, dirigiéndose a sus compañeros:

—Son dos. ¿Qué hacemos?

—Es igual —replicó otro, indiferente, con la hueca voz que producía aquella máscara fea y repulsiva—. En vez de acabar con una sola..., acabaremos con las dos. Es lo mejor.

Asintieron los otros fríamente. Estaba decidido.

Jenny Goldman y Lo Feng, llenas de horror, les vieron avanzar resueltamente, dispuestos a asesinarlas allí mismo, sin más pérdida de tiempo.

***

Las manos se alzaron en el aire. Primeramente, sobre Jenny Goldman. Luego, se desviaron bruscamente, cuando uno de ellos advirtió: —La que tenemos que matar es la mujer china. Acabad primero con ella. Luego veremos lo que se hace con la otra, aunque supongo que lo mejor es hacer lo que hemos decidido. Vamos, a por

ella.

Lo Feng dilató sus ojos. Jenny también, al comprender que antes de morir iba a presenciar un horrible asesinato más, en la persona de aquella infortunada muchacha oriental a quien conociera tiempo atrás en circunstancias mucho más agradables.

Los asesinos rodearon a Lo Feng, alzaron sus brazos para golpear sin piedad en los atemi, o puntos vitales de la joven cautiva.

CAPITULO VIII

EL SECRETO CHINO

ERA imposible que salvara su vida. Jenny comprendió que nada ni nadie en el mundo evitaría ya la muerte cierta de su amiga oriental. Ni tampoco la suya.

Se equivocó, sin embargo.

Repentinamente, hubo fuera un crujido formidable, de madera abatida. Cayó una puerta estrepitosamente. Alguien penetró en el local, impetuosa y desesperadamente.

Alguien que hizo que los cuatro asesinos budokas se volvieran, sorprendidos.

No venía un hombre solo, sino varios. Exactamente cuatro. Tantos como asesinos había en el recinto.

Jenny reconoció, llena de júbilo, a Frank Cole, a Kwan Shang, a Lena Tiger...

Los Tres Dragones de Oro llegaban justo a tiempo. Un segundo más... y hubiera sido ya demasiado ya. —¡Ahí están! —rugió Cole, apenas vio el cuerpo sangrante del infortunado Papá Blanchard tendido en el suelo, sin vida—. ¡Son otra vez budokas, no hay duda! ¡Pero asesinos también!

Con los Dragones de Oro llegaba un joven oriental a quien ni Jenny ni Lo Feng conocían, pero que parecía estar unido a los tres luchadores, en una causa común. —¡Acabad con ésos mientras yo termino con las chicas! —rugió uno de los enmascarados.

Tres de los asesinos se movieron para cubrir a su compinche, que iba a golpear mortalmente a Lo Feng Pero rápidamente, el joven oriental desconocido no vaciló en extraer un arma con silenciador, y hacer fuego una sola vez.

Alcanzó al enmascarado en la cabeza, mortalmente, y éste se agitó convulsivamente, antes de caer sin vida a los pies de las jóvenes cautivas. —¡Bien, Kiang Ho! —le felicitó Cole—. No podía hacer usted otra cosa ¡Pero a esos tres, déjenoslos a nosotros!

El agente chino asintió, viendo cómo cada uno de los budokas asesinos recibía por antagonista a uno de los Dragones de Oro Cole eligió el más fuerte y ágil de los tres, en tanto Kwan se enfrentaba a otro más menudo, pero endiabladamente rápido, y Lena Tiger se las había con un tercero, pesado y musculoso como un toro.

El formidable combate entre seis expertos en lucha oriental, enfrentados entre sí, comenzó simultáneamente, ante las miradas de incertidumbre de las dos mujeres, y la fría sonrisa del inexpresivo joven, unido a los valerosos luchadores.

Fue un espectáculo tan vibrante como hermoso y terrible. El duelo a muerte entre tres asesinos que dominaban todas las técnicas del karate, v tres estilos diferentes de lucha, como eran el karate de Cole, el aikido de Lena y el kung-fu de Shang.

El enemigo de Cole disparó a éste un terrible patadón en Yoko-Geri-Chodan. y casi sin respiro le disparó a la cabeza dos impactos brutales de sus manos, en Gyaku-TsukiChudan.

Eludió Cole los tres formidables impactos, que hubieran podido abatirle peligrosamente, y, a su vez, introdujo su mano en chuto o sable, tras parar otro golpe con el antebrazo, logrando herir con un impacto seco en el mentón a su adversario.

La careta se levantó a medias, el hombre acusó el golpe, pero lo soportó bien, sin ceder terreno. Por el contrario, aprovechó para contratacar con otro patadón, esta vez en MaeGeri-Chodan, que alcanzó inevitablemente a Cole, y le proyectó contra la pared, derribándole.

Con un alarido ronco, su enemigo se precipitó sobre él para rematarle, dando un formidable salto en proyección de ambas piernas hacia adelante, un perfecto Tobi— Keri.

Pero Cote le burló, girando sobre sí mismo, saltando luego con elasticidad sobre sus flexibles piernas, para pasar a martillear con un terrorífico impacto de canto de su mano en shuto, sobre el tendo, o cumbre del cráneo, por la cara posterior de los puntos de atemi o vitales.

Chascó el hueso del cráneo, hendido por aquella especie de

hachazo descargado con la mano... y el asesino cayó de bruces, muerto en el acto. Era un golpe que bastaba para matar. Y había matado.

La lucha había terminado por parte de Cole. Y como si estuvieran sincronizadas sus acciones, en ese momento lograba Lena Tiger el derribo de espaldas de su adversario, al que luego descargaba un seco golpe en el mentón, dejándole inconsciente.

Por su parte, Kwan Shang lardó cosa de dos segundos más en alcanzar a su enemigo con un golpe de talón en sus testículos. El otro se inclinó, jadeante, aullando de dolor, y en ese momento, la mano de Kwan, en posición de Tao-Shou o cuchillo, fue a estrellarse en la nuca del adversario. Este se desplomó, tambaleante, intentando aún alcanzar a Kwan con un desesperado golpe en la ingle, pero Kwan le remató con un rodillazo bestial en plena nariz, y lo derrumbó pesadamente a sus pies.

—Bien... —resopló Kiang Ho—. Lo lograron. Son formidables los tres...

—No era difícil. Lo peor es cuando tenemos que enfrentarnos a más enemigos —dijo Cole, con sencillez—. Vamos, hay que sacar a las chicas cuanto antes de este maldito lugar. Deben de estar aterrorizadas.

El agente chino asintió, disponiéndose a desprender las ligaduras y mordazas de las dos cautivas que, tras las emociones vividas, les miraron con júbilo y gratitud. Lo Feng mantenía su serenidad de mujer oriental.

En cambio, Jenny Goldman había llegado al límite de su resistencia.

Y se desplomó, desvanecida, apenas Cole le hubo empezado a soltar las ligaduras.

***

—¿Cómo pudieron dar con ellas, Frank?

—No era tarea sencilla, pero tuvimos un buen aliado —sonrió enigmáticamente Cole, mirando a Doug Kildare, que revelaba profundo interés por el asunto—. De lodos modos, localizamos en los muelles a un marinero borracho, que había perdido un botón dorado de su guerrera. El nos llevó hasta Papá Blanchard, un rufián que hacía trabajos sucios por encargo, y que pagó bastante caro su feo oficio...

—Y pudieron salvar a ambas, justo a tiempo —añadió con gesto amedrentado el miope Clark Harrison, presente también en el grupo reunido en casa de Goldman.

—Sí, pudimos salvarías, aunque al parecer era Lo Feng quien más peligro corría. Los asesinos vacilaban, sin saber qué hacer con Jenny Goldman. Era evidente que no tenían instrucciones al respecto, y en la duda preferían deshacerse de ambas.

—Pero ¿eran realmente budokas, Cole? —se interesó Kildare.

—Lo eran, sí. Japoneses que trabajaban habitualmente aquí, en películas comerciales, lo mismo que el gigantesco Kempo. —¿Qué quiere decir eso? ¿Algún competidor, quizá, pretende? —comenzó Goldman, con gesto de inquietud.

—No, no creo que sea eso —negó Cole—. Usted no estaba en la lista de víctimas, como no lo estaba su sobrina. Todo eso de su rapto fue casual, debido a que ambas estaban juntas la noche en que se dispuso su rapto. Tal vez de no encontrar al marinero que colaboró en el rapto doble, y que perdió su botón, ellas hubieran podido morir a manos de esos ejecutores. Lo que me pregunto es cómo se explica que fuese raptada Lo Feng... para después intentar asesinarla, simplemente.

—Sí, eso no logro entenderlo —asintió Kwan, pensativo—. Si lo que querían era mataría, bastaba con enviar aquí a los asesinos, y ejecutar la sentencia, sin encargar rapto alguno a Papá Blanchard.

—A mi juicio, eso sólo tiene una explicación —dijo Cole—. Y en eso, estoy de acuerdo con el aliado que tenemos en este asunto. —¿Aliado? ¿Qué aliado? —frunció el ceño Goldman.

—Eso es cosa mía. No estoy autorizado a revelar nada sobre él, pero Lo Feng sabe ahora quién es, como lo sabe su sobrina Goldman. Aunque Jenny ignora su identidad real.

Pues bien, tanto él como yo, hemos llegado a una conclusión lógica. —¿Y es...? —se mostró curioso Clark Harrison, bizqueando tras sus gruesos lentes.

—Que hay dos grupos interesados en Lo Feng... sin contar un tercero que representa a un gobierno determinado. —¿Dos grupos de criminales? —se asombró el rubio Kildare, pestañeando—. Suena un poco absurdo, ¿no cree?

—Tal vez. Pero explica muchas cosas. Por ejemplo: un grupo envía budokas asesinos, con la fría y escueta misión de matar.

Matar, y nada más. Por otro lado, otro grupo tiene interés en conseguir a Lo Feng viva, y contrata a unos rufianes para hacerla raptar. Ya sabemos que los rufianes como Papá Blanchard no son utilizados por el grupo que puede utilizar asesinos expertos en lucha.

—Pero ¿cómo reclutar budokas que se presten a asesinar? —se escandalizó Goldman—. Eso no tiene lógica, Frank, y tú lo sabes mejor que nadie. Cabe en lo posible que surgiera uno solo indigno de su condición y se convirtiese en un criminal, pero tantos como parecen intervenir… no logro entenderlo, la verdad.

—Yo tampoco —los ojos de Frank se volvieron lentamente hacia Lo Feng—. Pero quizá ese misterio, la única persona en el mundo que puede explicárnoslo es… Lo Feng precisamente. —¿Yo? —protestó ella vivamente, sin alterar su semblante oriental.

—Sí, amiga mía —suspiró Cole—. Ha llegado el momento de revelarlo todo; de no ocultar absolutamente nada, porque de ese secreto parece depender enteramente su vida.

Lo Feng pareció definitivamente vencida. Inclinó la cabeza. Vacilaba, reflexionaba. Al mirar hacia arriba de nuevo, aún intentó resistir:

—Pero.., pero es un secreto que pertenece a mi país, Cole. No tengo derecho a…

—Ahora, ya no pertenece sólo a su país. Es un secreto que nos afecta a todos. Hay asesinados en Macao, en Hong Kong; en muchos otros sitios. Yo no le pido que traicione a su país, que nos entregue a los demás secreto alguno que usted crea deba quedarse en China solamente. Pero sí le exijo que, cuando menos, nos explique la naturaleza de ese secreto, si es lo que me imagino. —¿Qué…, qué imagina usted? —preguntó ella débilmente.

Veamos… —Cole la miró muy fijo, muy penetrante—. ¿Ese secreto suyo, Lo Feng… explica de alguna forma la transformación de budokas., en asesinos natos?

—Sí —afirmó ella amargamente—. Lo explica…

—Bien. En ese caso, debe decírnoslo Cuando menos, a mí, a la policía de Hong Kong a las autoridades, a Interpol quizá…

—Antes, preferiría consultar con quien representa a mi país —musitó Lo Feng, obstinadamente.

—Perfecto. Haremos esa consulta. Y ahora mismo esperaremos

la respuesta, en la oficina del capitán Dekker, de la policía local. Está decidido así. No quiero correr el riesgo de que vuelvan a secuestrarla, querida. O de que intenten matarla para que no hable..

—Está bien. Como quiera —musitó ella con voz apagada.

Se incorporó Cole. Hizo un gesto. Lena y Kwan se aproximaron, rodeando a la joven.

Goldman y sus dos acompañantes, miraron a Frank con curiosidad. Jenny, con vivo interés. —¿Nos dejan? —quiso saber el productor.

—Sí. Es lo mejor. Aquí, ella podría peligrar —asintió Frank—. Vamos a llevarla nosotros al Departamento de Policía directamente. Esperaremos allí la decisión de su país... y la de ella misma, claro está. —¿Quieren ayuda, les acompaño por si soy necesario? —se ofreció Kildare, enérgico, poniéndose en pie.

—No, gracias. Nadie hará falta —rechazó Cole, caminando con sus amigos y con Lo Feng hacia la salida.

—Yo no les serviría de mucho, de modo que prefiero no ofrecerme —suspiró Clark Harrison—. Además, ahora debo estar cerca de Jenny...

—Sí, es natural. Gracias a todos. Y buenas noches..

Caía la tarde cuando abandonaron la residencia de Goldman y se encaminaron al centro de Hong Kong, en un automóvil conducido por Kwan Shang. Junto a éste iba Lena.

Atrás, flanqueaban a Lo Feng el agente Kiang Ho, de la República Popular china, y Frank Cole.

—He transmitido el deseo de Lo Feng al capitán Yang Li, del Servicio de Seguridad Interior —explicó el joven chino—. Si me autorizan a ello, Lo Feng podrá declarar ante ustedes, sin que por ello se tome represalia alguna contra ella. Lo que no podrá es despojar de sus derechos a mi país.

—Ni pienso hacerlo —murmuró la joven china—. Ante todo, amo a mi patria, Kiang. Yo intento solamente evitar que ocurran cosas más terribles aún. El secreto que conservo es demasiado terrible, ahora lo comprendo. Puede..., puede cambiar muchas cosas en el mundo, y tengo miedo... —¿Cómo llegó a su conocimiento? —indagó Cole.

—Fue mi padre. Mi pobre y anciano padre... El lo descubrió, y me lo comunicó de un modo ambiguo, pero creí entender. Luego, al

ocurrir cuanto ha ocurrido y hacerme usted ciertas preguntas, Cole, he comprendido la verdad, la tremenda verdad... —¿Se sabe algo de su padre? —preguntó Frank al joven agente chino.

—No, todavía no. He pedido datos también sobre eso a mi jefe. Veremos cuál es la respuesta, cuando llegue...

Y el viaje continuó en silencio, preocupados todos por lo que se cernía en el ambiente, como una extraña y densa losa invisible, que pesara sobre todos ellos a la vez.

Enfilaron finalmente la zona donde se hallaba el Departamento de Policía de Hong Kong, y Frank respiró aliviado. Temía algo, y no descansaría tranquilo hasta hallarse con la joven oriental en el departamento policial, a salvo de cualquier peligro que acechara a la hermética y obstinada muchacha.

Fue entonces cuando, precisamente, sucedió todo.

Delante del automóvil, se cruzó uno repentinamente, cerrando el paso. El viraje que tuvo que dar Kwan Shang evitó el choque, pero tuvo que ir a empotrarse en un portal, mientras otra furgoneta emergía por la otra calle, bloqueándoles en su centro. —¡Una emboscada! —rugió Kiang Ho, alarmado, llevando la mano a su arma.

Frank Cole sujetó contra sí a Lo Feng, y observó que de los vehículos descendían unos hombres provistos de metralletas y encapuchados con caperuzas de lana. —¡Vamos, bajen todos, o acribillaremos el coche con sus ocupantes dentro! —voceó uno de los individuos con tono enérgico.

Cole encajó las mandíbulas. Aquellos hombres eran ios del grupo que quería con vida a Lo Feng, pensó. De otro modo, ya habrían abierto fuego sin previo aviso.

Rápidamente, pensó que ése era el factor que podía utilizar más adecuadamente, para intentar salir de aquel atolladero. Y así lo hizo.

—Haga lo que yo le diga, muchacha —le indicó rápido a la joven china—. No tema nada. Si todo es como imagino, saldremos con bien de ésta. —¿Y... si no es así?

—Entonces... su terquedad habrá tenido la culpa de todo. Si usted hubiese hablado, ya todo esto no tendría razón de ser, Lo Feng...

Y abrió la portezuela, iniciando la salida con la muchacha

oriental, ante la intimidación de los encapuchados. Lena, Kwan y el agente chino, también parecían dispuestos a ceder ante la amenaza de las armas automáticas. —¡Vamos, que la chica se acerque! —dijo el encapuchado que llevaba la voz cantante, apenas pisaron el asfalto todos ellos—. La china, me refiero. Ustedes, quédense atrás, si no quieren que haya una matanza. Es sólo ella quien nos interesa.

—Muy bien —asintió Cole—. Pero… ¿han pensado que pueden aparecer en cualquier momento los budokas asesinos?

El encapuchado miró aprensivamente en derredor, como si las palabras de Frank le hubiesen preocupado súbitamente. Sus tres compinches armados, hicieron lo mismo.

Cole avanzó unos pasos. Llevaba a Lo Feng de la mano. Hizo que iba a soltarla.. —¡Suéltela ya! —apremió el encapuchado nerviosamente.

Lo hizo. La soltó. Pero con tal fuerza súbita, que Lo Feng rodó por el suelo, dando un grito, y los encapuchados se quedaron sin saber qué hacer.

La duda duró sólo un instante. Lo suficiente para que Cole, Kwan y Lena Tiger, se precipitaran como una sola persona sobre ellos. Las metralletas volaron por los aires, cuando los golpes con la mano en sable alcanzaron los antebrazos respectivos, en un ataque veloz, que una simple mirada de Cole había indicado ya a sus compenetrados camaradas.

Apenas se vieron desarmados, delante de los luchadores, los tres individuos emprendieron la fuga, corriendo por un callejón inmediato, como si el diablo mismo les persiguiera.

Cole suspiró, contemplando las armas caídas en tierra. Recogió a la sorprendida Lo Feng y la puso en pie.

—Perdone —dijo—. Tuve que obrar así. Sabía que no iban a disparar. Tenían orden de no causarle daño por nada del mundo.

—Pero ¿por qué? —musitó la joven china, desorientada.

—Porque usted sabe algo que ellos necesitan conocer. Algo que preserva su vida.

Cuando sepa cuál es su secreto, sabré también en qué consiste la razón por la que unos quieren matarla, y otros no.

—Estoy harta de todo esto —susurró la chinita, mirando a Kiang Ho con amargura—.

Voy a hablar. Ya. Ahora.

—No, Lo Feng, espere aún la respuesta de Cantón... —rogó tímidamente el joven agente.

—Ya tanto da. Después de todo, prefiero que Cole sepa el secreto, a tenérselo que revelar a una organización de bandidos... —Lo Feng miró a Frank y le confesó abiertamente—: Papá encontró en Cantón una plantación extraña de bambúes... Era un bambú raro. Descubrió que tenía propiedades alucinógenas o algo así. —¿Un narcótico en una caña de bambú? —preguntó Frank.

—Sí, eso es. Un bambú de determinado color, cuando se le trata con una solución química. Así se descubre cuál es el alucinógeno y cuál el vulgar... Pero papá... mencionó el sitio exacto donde hay millones de ellos. Es un sitio donde yo jugaba de niña. Recuerdo cuál es. Esa plantación... interesa a alguien. Es una nueva droga... capaz de excitar hasta tal punto... que un exceso de dosis convierte a un hombre pacífico, en un ser con instintos homicidas... ¿Lo entiende ahora?

—Sí —asintió Cole gravemente—. Lo entiendo muy bien. Ahora, todo está claro...

Y en aquel momento, algo brilló en una azotea cercana, silbó un proyectil, restalló una agria detonación., y Lo Feng, exhalando un grito ronco, cayó de bruces en el asfalto. —¡Lo Feng! —gritó Kiang Ho, con voz dolorida, precipitándose hacia ella. Se inclinó, examinándola—. Lo Feng... No, eso no... —¿Está malherida? —quiso saber Cole, cuyos ojos habían captado ya el punto de origen de aquel disparo.

—Creo que sí, señor. Habrá que evacuarla cuanto antes...

—Lena, Kwan, ayudad a Kiang y a Lo Feng en esto. Yo me ocupo de lo demás...

Y se precipitó velozmente hacia el edificio de donde brotara el disparo. El autor del mismo, hizo otros dos, apuntando esta vez a Frank. Pero los desiguales zigzagueos que imprimía el budoka a su carrera, hicieron imposible que el otro pudiese afinar la puntería y darle alcance.

El centelleo en el tejado, se extinguió al retirarse el misterioso tirador oculto. Cole alcanzó el edificio. En vez de penetrar por su puerta, para alcanzar la azotea, actuó de forma extraña e inesperada.

Comenzó a escalar la fachada como un hombre mosca.

Pero era tal el entrenamiento de sus músculos, tal la firmeza de sus dedos de acero, tal su agilidad de felino, que reptó por aquella pared velozmente, asiéndose a todo saliente o resquicio con la elasticidad de un simio. En escasos segundos, aquel hombre superdotado, de cuerpo increíblemente poderoso, alcanzó la azotea y salvó su parapeto limpiamente.

Como había esperado, el criminal no intentó huir. Aún no. Estaba dándole la espalda ahora, apuntando con su potente rifle a la puerta que comunicaba la escalera con la azotea. De haber subido por allí, la muerte le esperaría arriba...

Felino, ligero, sin producir ruido alguno, caminó a espaldas del asesino. Cuando va estaba muy cerca, rugió: —¡KIAI!

El otro se revolvió, lanzando un alarido de terror. Su rostro, cubierto por una caperuza negra, se encaró a Cole. El rifle, también.

Pero el budoka cayó sobre el tirador como un Némesis inexorable. Su pierna se disparó. El Mae-Geri-Chodan demoledor, se estrelló en su mentón, mientras el antebrazo armado recibía tan demoledor golpe con el canto de su mano en shuto, que el rifle saltaba lejos de sus dedos, y el tirador, martilleado luego en el mentón por un golpe seco del puño en posición Ura-Utchi-Ken, o puño al revés, se desmoronó violentamente ante Cole, quedando inmóvil en la azotea.

—Se terminó tu juego, señor de los narcóticos —jadeó Frank Cole, inclinándose y arrancándole violentamente la caperuza negra.

El rostro tímido, apacible e ingenuo, con sus grandes gafas de miope, de Clark Harrison, el prometido de Jenny Goldman, apareció ante sus ojos.

—Vaya... —murmuró el luchador—. De modo que el inofensivo caballerete... era el amo de los narcóticos... y quiso obtener a toda costa el nuevo alucinógeno de China, el bambú misterioso que convierte a los hombres en asesinos...

CAPÍTULO IX

NADA COMO UN BUEN FINAL

- Harrison... ¡Parece imposible, Frank!

—Pero no era imposible, Goldman. Bajo su apariencia inofensiva, se ocultaba un malvado sin escrúpulos. Ahora comprendo por qué se enriqueció tan fácilmente, y prosperaron sus negocios. Los narcóticos son una mercancía valiosa, que deja buenos beneficios. Cuando supo, a través del ex monje rebelde, Wiao-Kong, que había un bambú que, tratado con cierto producto químico, se tornaba negro, y tenía propiedades alucinógenas terribles, pensó en un nuevo y gran negocio.

—Pero usted habló de DOS organizaciones distintas... —apuntó Kildare, pensativo, al lado de una Jenny Goldman todavía impresionada por la doble personalidad del que ella juzgaba un hombrecillo demasiado insignificante para ser su marido.

—Y así es. Una, la dirigía el propio Wiao-Kong, y estaba compuesta por budokas asesinos. En cambio, nuestro inofensivo Harrison, alquilaba criminales vulgares. Cuando supo que Jenny había sido secuestrada también, temió por su vida. Y él fue quien, de un modo disimulado, nos puso en la pista del marino del botón dorado, quizá haciendo llamar a éste al local donde nosotros fácilmente lo encontraríamos, y así llegaríamos a tiempo de salvar la vida de Jenny, a quien no deseaba mal alguno. —¿Y a Lo Feng?

—Eso era diferente. Mientras tuvo oportunidad de obtener de ella el paradero de la gran plantación de bambú especial en China, descubierto por Tsun Feng, el padre de Lo Feng, que por cierto ha muerto, asesinado por budokas, según notificó el Gobierno chino, intentó Obtenerlo sin hacerle daño. Al saber que iba a hablar ante

la policía, tomó la decisión de anticiparse e intentar por todos los medios el secreto. Y si no… matarla. Así lo hubiera hecho, de acertar en su disparo. —¿Está Lo Feng fuera de peligro? —se interesó Jenny.

—Lo está —afirmó Cole—. Y el joven Kiang Ho está a su lado. Creo que regresan juntos a China. Y el bambú alucinógeno, queda propiedad del Gobierno chino, que creo quiere destruirlo totalmente, para evitar nuevos problemas.

—Pero… pero la otra, organización, la de Wiao-Kong.. —apuntó Goldman, ceñudo.

—Ha caído en poder de la policía de Hong Kong, y será entregado a las autoridades chinas, a menos que lo ahorquen aquí por asesinato. Wiao-Kong fue primero un aliado de Harrison en el asunto de las drogas, hasta que la ambición por ese maldito bambú, cegó a Harrison y se enfrentó al ex monje rebelde… Ahora, todo ha terminado. Bandidos a sueldo, budokas drogados con el jugo de ese bambú, que les convertía en asesinos durante unas horas, sin que ellos supieran lo que hacían. Todo acabó. Es una pesadilla terminada.

—Ahora, al menos, podrás descansar tranquilo unos días —sonrió Goldman.

—No sé… —sonrió a su vez Cole, mirando a Lena, que fruncía el ceño. Pero ahora, Jenny estaba acurrucada junto al rubio Kildare, y el brazo de éste rodeaba sus hombros.

Parecía que la rubia muchacha se consolaba pronto.. y escogía sucesor para Harrison—.

Estaremos seguramente unos días, sí. Creo que ahora, como usted dice, Goldman, todos podremos descansar tranquilos.

Y guiñó un ojo a Lena Tiger, que puso un leve mohín de enfado, mientras Wwan Shang fingía no advertir nada, aunque una burlona sonrisa asomaba a sus labios.

F I N